



Lope de Vega

# **EL CASTIGO SIN VENGANZA**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Lope de Vega**

# **EL CASTIGO SIN VENGANZA**

Personas que hablan en ella:

- El DUQUE de Ferrara
- FEBO, criado del Duque
- RICARDO, criado del Duque
- El conde FEDERICO, su hijo ilegítimo
- BATÍN, lacayo del Conde Federico
- El MARQUÉS Gonzaga, de Mantua
- RUTILIO, criado del Marqués
- AURORA, sobrina del Duque de Ferrara
- CASANDRA, la Duquesa de Ferrara
- LUCRECIA, criada de la Duquesa
- FLORO, criado
- LUCINDO, criado
- ALBANO, criado
- CINTIA, mujer del pueblo

PRIMER ACTO

Salen el DUQUE, FEBO y RICARDO

RICARDO: ¡Linda burla!

FEBO: ¡Por extremo!

Pero, ¿quién imaginara  
que era el duque de Ferrara?

DUQUE: Que no me conozcan temo.

RICARDO: Debajo de ser disfraz,  
hay licencia para todo;  
que aun el cielo en algún modo  
es de disfraces capaz.

¿Qué piensas tú que es el velo  
con que la noche le tapa?

Una guarnecida capa  
con que se disfraza el cielo.

Y para dar luz alguna,  
las estrellas que dilata  
son pasamanos de plata,  
y una encomienda la luna.

DUQUE: ¿Ya comienzas desatinos?

FEBO: No lo ha pensado poeta  
de estos de la nueva seta,  
que se imaginan divinos.

RICARDO: Si a sus licencias apelo,  
no me darás culpa alguna;  
que yo sé quien a la luna  
llamó requesón del cielo.

DUQUE: Pues no te parezca error;  
que la poesía ha llegado  
a tan miserable estado,  
que es ya como jugador  
de aquellos transformadores,  
muchas manos, ciencia poca,  
que echan cintas por la boca,  
de diferentes colores.

Pero dejando a otro fin  
esta materia cansada,  
no es mala aquella casada.

RICARDO: ¿Cómo mala? ¡Un serafín!

Pero tiene un bravo azar,  
que es imposible sufrillo.

DUQUE: ¿Cómo?

RICARDO: Un cierto maridillo  
que toma y no da lugar.

FEBO: Guarda la cara.

DUQUE: Ése ha sido  
siempre el más crüel linaje  
de gente de este paraje.

FEBO: El que la gala, el vestido  
y el oro deja traer  
tenga, pues él no lo ha dado,  
lástima al que lo ha comprado;  
pues si muere su mujer,  
ha de gozar la mitad  
como bienes gananciales.

RICARDO: Cierta que personas tales  
poca tiene caridad,  
hablando cultidiablesco,  
por no juntar las dicciones.

DUQUE: Tienen esos socarrones  
con el diablo parentesco;  
que, obligando a consentir,  
después estorba el obrar.

RICARDO: Aquí pudiera llamar;  
pero hay mucho que decir.

DUQUE: ¿Cómo?

RICARDO: Una madre beata  
que reza y riñe a dos niñas  
entre majuelos y viñas,  
una perla y otra plata.

DUQUE: Nunca de exteriores fío.

RICARDO: No lejos vive una dama,  
como azúcar de retama:  
dulce y morena.

DUQUE: ¿Qué brío?

RICARDO: El que pide la color;  
mas el que con ella habita  
es de cualquiera visita  
cabizbajo rumiador.

FEBO: Rumiarse siempre fue de bueyes.

RICARDO: Cerca habita una mujer,  
que diera buen parecer  
si hubiera estudiado leyes.

DUQUE: Vamos allá.

RICARDO: No querrá  
abrir a estas horas.

DUQUE: ¿No?

¿Y si digo quien soy yo?

RICARDO: Si lo dices, claro está.

DUQUE: Llame pues.

RICARDO: Algo esperaba,  
que a dos patadas salió.

CINTIA en alto

CINTIA: ¿Quién es?

RICARDO: Yo soy.

CINTIA: ¿Quién es yo?

RICARDO: Amigos, Cintia; abre, acaba,  
que viene el duque conmigo.

Tanto mi alabanza pudo.

CINTIA: ¿El duque?

RICARDO: ¿Eso dudas?

CINTIA: Dudo.

No digo el venir contigo,  
mas el visitarme a mí  
tan gran señor y a tal hora.

RICARDO: Por hacerte gran señora  
viene disfrazado así.

CINTIA: Ricardo, si el mes pasado  
lo que agora me dijeras  
del duque, me persuadieras  
que a mis puertas ha llegado;  
pues toda su mocedad  
ha vivido indignamente,  
fábula siendo a la gente  
su viciosa libertad.

Y como no se ha casado  
por vivir más a su gusto,  
sin mirar que fuera injusto  
ser de un bastardo heredado,  
aunque es mozo de valor  
Federico, yo creyera  
que el duque a verme viniera.

Mas ya que como señor  
se ha venido a recoger,  
y de casar concertado,  
su hijo a Mantua ha enviado  
por Casandra, su mujer,  
no es posible que ande haciendo

locuras de noche ya,  
cuando esperándola está  
y su entrada previniendo;  
que si en Federico fuera  
libertad, ¿qué fuera en él?  
Y si tú fueras fiel,  
aunque él ocasión te diera,  
no anduvieras atrevido  
desilustrando su valor;  
que ya el duque, tu señor,  
está acostado y dormido  
y así cierro la ventana;  
que ya sé que fue invención  
para hallar conversación.

Adiós, y vuelve mañana.

DUQUE: ¡A buena casa de gusto  
me has traído!

RICARDO: Yo, señor,  
¿qué culpa tengo?

DUQUE: Fue error  
fiarle tanto disgusto  
para la noche que viene.

FEBO: Si quieres yo romperé  
la puerta.

DUQUE: ¡Que esto escuché!

FEBO: Ricardo la culpa tiene.

Pero, señor, quien gobierna,  
si quiere saber su estado,  
como es temido o amado,  
deje la lisonja tierna  
del criado adulator,  
y disfrazado de noche,  
en traje humilde, os en coche,  
salga a saber su valor;  
que algunos emperadores  
se valieron de este engaño.

DUQUE: Quien escucha, oye su daño;  
y fueron, aunque los dores,  
filósofos majaderos,  
porque el vulgo no es censor  
de la verdad, y es error  
de entendimientos groseros  
fiar la buena opinión  
de quien, inconstante y vario,  
todo lo juzga al contrario  
de la ley de la razón.

Un quejoso, un descontento

echa, por vengar su ira,  
en el vulgo una mentira,  
a la novedad atento.  
Y como por su bajeza  
no la puede averiguar  
ni en los palacios entrar,  
murmura de la grandeza.  
Yo confieso que he vivido  
libremente y sin casarme,  
por no querer sujetarme,  
y que también parte ha sido  
pensar que me heredaría  
Federico, aunque bastardo;  
mas ya que a Casandra aguardo,  
que Mantua con él me envía  
todo lo pondré en olvido.  
FEBO: Será remedio casarte.  
RICARDO: Si quieres desenfadarte  
pon a esta puerta el oído.  
DUQUE: ¿Cantan?  
RICARDO: ¿No lo ves?  
DUQUE: ¿Pues, quién  
vive aquí?  
RICARDO: Vive un autor  
de comedias.  
FABIO: Y el mejor  
de Italia.  
DUQUE: Ellos cantan bien.  
¿Tiénelas buenas?  
RICARDO: Están  
entre amigos y enemigos:  
buenas las hacen amigos  
con los aplausos que dan  
y los enemigos malas.  
FEBO: No pueden ser buenas todas.  
DUQUE: Febo, para nuestras bodas  
prevén las mejores salas  
y las comedias mejores,  
que no quiero que repares  
en las que fueren vulgares.  
FEBO: Las que ingenios y señores  
aprobaren, llevaremos.  
DUQUE: ¿Ensayan?  
RICARDO: Y habla una dama.  
DUQUE: Si es Andrelina, es de fama.  
¡Qué acción! ¡Qué afectos!  
¡Qué extremos!

Habla dentro la voz de una MUJER

MUJER: Déjame, pensamiento.  
No más, no más, memoria,  
que mi pasada gloria  
conviertes en tormento,  
y de este sentimiento  
ya no quiero memoria, sino olvido;  
que son de un bien perdido,  
--aunque presumes que mi mal mejoras--  
discursos tristes para alegres horas.

DUQUE: ¡Valiente acción!  
FEBO: ¡Extremada!  
DUQUE: Más oyera; pero estoy  
sin gusto. A acostarme voy.  
RICARDO: ¿A las diez?  
DUQUE: Todo me enfada.  
RICARDO: Mira que es esta mujer  
única.  
DUQUE: Temo que hable  
alguna cosa notable.  
RICARDO: De ti, ¿cómo puede ser?  
DUQUE: ¿Agora sabes, Ricardo,  
que es la comedia un espejo,  
en que el necio, el sabio, el viejo,  
el mozo, el fuerte, el gallardo,  
el rey, el gobernador,  
la doncella, la casada,  
siendo al ejemplo escuchada  
de la vida y del honor,  
retrata nuestras costumbres,  
o livianas o severas,  
mezclando burlas y veras,

donaires y pesadumbres?  
Basta, que oí del papel  
de aquella primera dama  
el estado de mi fama;  
bien claro me hablaba en él.  
¿Qué escuche me persuades  
la segunda? Pues no ignores  
que no quieren los señores  
oír tan claras verdades.

Salen FEDERICO, de camino, muy galán,  
y BATÍN

BATÍN: Desconozco el estilo de tu gusto.  
¿Agora en cuatro sauces te detienes,  
cuando a negocio, Federico, vienes  
de tan grande importancia?  
FEDERICO: Mi disgusto  
no me permite, como fuera justo,  
más prisa y más cuidado;  
antes la gente dejo, fatigado  
de varios pensamientos,  
y al dosel de estos árboles, que, atentos  
a las dormidas ondas de este río,  
en su puro cristal, sonoro y frío,  
mirando están sus copas,  
después que los vistió de verdes ropas,  
de mí mismo quisiera retirarme;  
que me cansa el hablarme,  
del casamiento de mi padre, cuando  
pensé heredarle; que si voy mostrando  
a nuestra gente gusto, como es justo,  
el alma llena de mortal disgusto,  
camino a Mantua, de sentido ajeno;  
que voy por mi veneno  
en ir por mi madrastra, aunque es forzoso.  
BATÍN: Ya de tu padre el proceder vicioso,  
de propios y de extraños reprendido,

quedó a los pies de la virtud vencido;  
ya quiero sosegarse;  
que no hay freno, señor, como casarse.  
Presentóle un vasallo  
al rey francés un bárbaro caballo  
de notable hermosura,  
cisne en el nombre y por la nieve pura  
de la piel que cubrían  
las rizas canas, que los pies caían  
de la cumbre del cuello, en levantando  
la pequeña cabeza.  
Finalmente le dio naturaleza,  
que algunas dama estaba imaginando,  
hermosura y desdén, porque su furia  
tenía por injuria  
sufrir al picador más fuerte y diestro.  
Viendo tal hermosura y tal siniestro,  
mandóle el rey echar en una cava  
a un soberbio león que en ella estaba  
y en viéndole feroz, apenas viva  
el alma sensitiva,  
hizo que el cuerpo alrededor se entolde  
de las cirnes, que ya crespas sin molde,  
si el miedo no lo era,  
formaron como lanzas blanca esfera,  
y en espín erizado  
do orgulloso caballo transformado,  
sudó por cada pelo  
una gota de hielo,  
y quedó tan pacífico y humilde,  
que fue un enano en sus arzones tilde;  
y el que a los picadores no sufría,  
los pícaros sufrió desde aquel día.  
FEDERICO: Batín, ya sé que mi vicioso padre  
no pudo haber remedio que le cuadre  
como es el casamiento;  
pero, ¿no ha de sentir mi pensamiento  
haber vivido con tan loco engaño?  
Ya sé que al más altivo, al más  
extraño,  
le doma una mujer, y que delante  
de este león, el bravo, el arrogante  
se deja sujetar del primer niño,  
que con dulce cariño  
y media lengua, o muda o balbuciente,  
teniéndole en los brazos le consiente  
que le tome la barba.

Ni rudo labrador la roja parva,  
como un casado la familia mira,  
y de todos los vicios se retira.  
Mas, ¿qué me importa a mí que se sosiegue  
mi padre, y que se niegue  
a los vicios pasados,  
si han de heredar sus hijos sus estados,  
y yo, escudero vil, traer en brazos  
algún león que me ha de hacer pedazos?  
BATÍN: Señor, los hombres cuerdos y discretos,  
cuando se ven sujetos  
a males sin remedio  
poniendo a la paciencia de por medio,  
fingen contento, gusto y confianza.  
por no mostrar envidia y dar venganza.  
FEDERICO: ¿Yo sufriré madrastra?  
BATÍN: ¿No sufrías  
las muchas que tenías  
con los vicios del duque? Pues agora  
sufre una sola que es tan gran señora.  
FEDERICO: ¿Qué voces son aquéllas?  
BATÍN: En el vado del río suena gente.  
FEDERICO: Mujeres son; a verlas voy.  
BATÍN: Detente.  
FEDERICO: Cobarde, ¿no es razón favorecellas?

Vase FEDERICO

BATÍN: Excusar el peligro es ser valiente.  
¡Lucindo! ¡Albano! ¡Floro!

Salen los tres

LUCINDO: ¡El conde llama!  
ALBANO: ¿Dónde está Federico?  
FLORO: ¿Pide acaso  
los caballos?  
BATÍN: Las voces de una dama,  
con poco seso y con valiente paso  
le llevaron de aquí. Mientras le sigo,  
llamad la gente.

Vase BATÍN

LUCINDO: ¿Dónde vas? Espera.  
ALBANO: Pienso que es burla.  
FLORO: Y yo mismo digo,  
aunque suena rumor en la ribera  
de gente que camina.  
LUCINDO: Mal Federico a obedecer se inclina  
el nuevo dueño, aunque por ella viene.

ALBANO: Sale a los ojos el pesar que tiene.

Sale FEDERICO con CASANDRA en los brazos

FEDERICO: Hasta ponerlos aquí  
los brazos me dan licencia.

CASANDRA: Agradezco, caballero,  
vuestra mucha gentileza.

FEDERICO: Y yo a mi buena fortuna  
traerme por esta selva,  
casi fuera de camino.

CASANDRA: ¿Qué gente, señor, es ésta?

FEDERICO: Criados que me acompañan.

No tengáis, señora, pena.

Todos viene a serviros.

Sale BATÍN con LUCRECIA, criada, en los  
brazos

BATÍN: Mujer, dime, ¿cómo pesas,  
si dicen que sois livianas?

LUCRECIA: Hidalgo, ¿dónde me llevas?

BATÍN: A sacarte por lo menos

de tanta enfadosa arena,

como la falta del río

en estas orillas deja.

Pienso que fue treta suya,

por tener ninfas tan bellas,

volverse el coche al salir;

que si no fuera tan cerca,  
corriérades gran peligro.

FEDERICO: Señora, porque yo pueda  
hablaros con el respeto  
que vuestra persona muestra,  
decidme quién sois.

CASANDRA: Señor,  
no hay causa por que no deba  
decirlo. Yo soy Casandra,  
ya de Ferrara duquesa,  
hija del duque de Mantua.

FEDERICO: ¿Cómo puede ser que sea  
vuestra alteza y venir sola?

CASANDRA: No vengo sola; que fuera  
cosa imposible; no lejos  
el marqués Gonzaga queda,  
a quien pedí me dejase,  
atravesando una senda,  
pasar sola en este río  
parte de esta ardiente siesta;  
y por llegar a la orilla,  
que me pareció cubierta  
de más árboles y sombras,  
había más agua en ella,  
tanto, que pude correr,  
sin ser mar, fortuna adversa;  
mas no pudo ser Fortuna,  
pues se pararon las ruedas.  
Decidme, señor, quién sois,  
aunque ya vuestra presencia  
lo generoso asegura  
y lo valeroso muestra  
que es razón que este favor,  
no sólo yo le agradezca,  
pero el marqués y mi padre,  
que tan obligados quedan.

FEDERICO: Después que me dé la mano,  
sabrás quién soy vuestra alteza.

CASANDRA: ¡De rodillas! Es exceso.  
No es justo que lo consienta  
la mayor obligación.

FEDERICO: Señora, es justo y es fuerza.  
Mirad que soy vuestro hijo.

CASANDRA: Confieso que he sido necia  
en no haberos conocido.

¿Quién, sino quien sois, pudiera  
valerme en tanto peligro?

Dadme los brazos.

FEDERICO: Merezca

vuestra mano.

CASANDRA: No es razón.

Dejadles pagar la deuda,

señor conde Federico.

FEDERICO: El alma os dé la respuesta.

Hablen quedo y diga BATÍN

BATÍN: Ya que ha sido nuestra dicha

que esta gran señora sea

por quien íbamos a Mantua,

sólo resta que yo sepa

si eres tú vuesa merced,

señoría o excelencia,

para que pueda medir

lo razonado a las prendas.

LUCRECIA: Desde mis primeros años

sirvo, amigo, a la duquesa.

Soy doméstica criada,

visto y desnudo a su alteza.

BATÍN: ¿Eres camarera?

LUCRECIA: No.

BATÍN: Serás hacia camarera,

como que lo fuiste a ser,

y te quedaste a la puerta.

Tal vez tienen los señores,

como lo que tú me cuentas,

unas criadas malillas,

entre doncellas y dueñas,

que son todo y no son nada.

¿Cómo te llamas?

LUCRECIA: Lucrecia.

BATÍN: ¿La de Roma?

LUCRECIA: Más acá.

BATÍN: ¡Gracias a Dios que con ella

tope! Que desde su historia

traigo llena la cabeza  
de castidades forzadas  
y de diligencias necias.  
¿Tú viste a Tarquino?  
LUCRECIA: ¿Yo?  
BATÍN: ¿Y qué hicieras si le vieras?  
LUCRECIA: ¿Tienes mujer?  
BATÍN: ¿Por qué causa  
lo preguntas?  
LUCRECIA: Porque pueda  
ir a tomar su consejo.  
BATÍN: Herísteme por la treta.  
¿Tú sabes quién soy?  
LUCRECIA: ¿De qué?  
BATÍN: ¿Es posible que no llega  
aún hasta Mantua la fama  
de Batín?  
LUCRECIA: ¿Por qué excelencias?  
Pero tú debes de ser  
como unos necios, que piensan  
que en todo el mundo su nombre  
por único se celebra,  
y apenas lo sabe nadie.  
BATÍN: No quiera Dios que tal sea,  
ni que murmure envidioso  
de las virtudes ajenas.  
Esto dije por donaire;  
que no porque piense o tenga  
satisfacción y arrogancia.  
Verdad es que yo quisiera  
tener fama entre hombres sabios,  
que ciencia y letras profesas;  
que en la ignorancia común  
no es fama, sino cosecha,  
que sembrando disparates  
coge los mismo que siembra.

CASANDRA: Aun no acierto a encarecer  
el haberos conocido;  
poco es lo que había oído  
para lo que vengo a ver.  
El hablar, el proceder  
a la persona conforma,  
hijo y mi señor, de forma

que muestra en lo que habéis hecho  
cuál es el alma del pecho  
que tan gran sujeto informa.  
Dicha ha sido haber errado  
el camino que seguí,  
pues más presto os conocí  
por yerro tan acertado.  
Cual suele en el mar airado  
la tempestad, después de ella  
ver aquella lumbre bella,  
así fue mi error la noche,  
mar el río, nave el coche,  
yo el piloto, y vos mi estrella.  
Madre os seré desde hoy,  
señor conde Federico,  
y de este nombre os suplico  
que me honréis, pues ya lo soy.  
De vos tan contenta estoy,  
y tanto el alma repara  
en prenda tan dulce y cara,  
que me da más regocijo  
teneros a vos por hijo,  
que ser duquesa en Ferrara.  
FEDERICO: Basta que me dé temor,  
hermosa señora, el veros;  
no me impida el responderos  
turbarme tanto favor.  
Hoy el duque mi señor  
en dos divide mi ser,  
que del cuerpo pudo hacer  
que mi ser primero fuese,  
para que el alma debiese  
a mi segundo nacer.  
De estos nacimientos dos  
lleváis, señora, la palma;  
que para nacer con alma,  
hoy quiero nacer de vos.  
Que, aunque quien la infunde es Dios,  
hasta que os vi, no sentía  
en qué parte la tenía;  
pues, si conocerlo os debo,  
vos me habéis hecho de nuevo;  
que yo sin alma vivía.  
Y de esto se considera,  
pues que de vos nacer quiero,  
que soy el hijo primero  
que el duque de vos espera.

Y de que tan hombre quiera  
nacer, no son fantasías;  
que para disculpas mías,  
aquel divino crisol  
ha seis mil años que es sol,  
y nace todos los días.

Salen el MARQUÉS Gonzaga y RUTILIO,  
criado

RUTILIO: Aquí, señor, los dejé.

MARQUÉS: ¡Extraña desdicha fuera,  
si el caballero que dices  
no llegara a socorrerla!

RUTILIO: Mandóme alejar, pensando  
dar nieve al agua risueña,  
bañando en ella los pies  
para que corriese perlas;  
y así no pudo llegar  
tan presto mi diligencia,  
y en brazos de aquel hidalgo  
salió, señor, la duquesa;  
pero como vi que estaban  
seguros en la ribera,  
corrí a llamarte.

MARQUÉS: Allí está  
entre el agua y el arena  
el coche solo.

RUTILIO: Estos sauces  
no estorbaron el verla.  
Allí está con los criados  
del caballero.

CASANDRA: Ya llega  
mi gente.

MARQUÉS: ¡Señora mía!

CASANDRA: ¡Marqués!

MARQUÉS: Con notable pena  
a todos nos ha tenido

hasta agora vuestra alteza.

¡Gracias a Dios, que os hallamos  
sin peligro!

CASANDRA: Después de ellas,  
las dad a este caballero.

Su piadosa gentileza  
me sacó libre en los brazos.

MARQUÉS: Señor conde, ¿quién pudiera,  
si no vos, favorecer

a quien ya es justo que tenga  
el nombre de vuestra madre?

FEDERICO: Señor marqués, yo quisiera  
ser un Júpiter entonces,

que transformándose cerca  
en aquel ave imperial,

aunque las plumas pusiera  
a la luz de tanto sol,

ya de Faetonte soberbia,

entre las doradas uñas,  
tusón del pecho la hiciera,

y por el aire en los brazos,  
por mi cuidado la vieran

los del duque, mi señor.

MARQUÉS: El cielo, señor, ordena  
estos sucesos que veis,

para que Casandra os deba  
un beneficio tan grande,

que desde este punto pueda  
confirmar las voluntades,

y en toda Italia se vea  
amarse tales contrarios,

y que en un sujeto quepan.

Hablan los dos, y aparte CASANDRA y LUCRECIA

CASANDRA: Mientras los dos hablan, dime,  
¿qué te parece, Lucrecia,  
de Federico?

LUCRECIA: Señora,  
si tú me dices licencia,  
mi parecer te diría.

CASANDRA: Aunque ya no sin sospecha,  
yo te la doy.

LUCRECIA: Pues yo digo...

CASANDRA: Di.

LUCRECIA: Que más dichosa fueras  
si se trocara la suerte.

CASANDRA: Aciertas, Lucrecia, y yerra  
mi fortuna; mas ya es hecho,  
porque cuando yo quisiera,  
fingiendo alguna invención  
volver a Mantua, estoy cierta  
que me matara mi padre,  
y por toda Italia fuera  
fábula mi desatino;  
fuera de que no pudiera  
casarme con Federico;  
y así, no es justo que vuelva  
a Mantua, sino que vaya  
a Ferrara, en que me espera  
el duque, de cuya libre  
vida y condición me llevan  
las nuevas con gran cuidado.

MARQUÉS: Ea, nuestra gente venga,  
y alegremente salgamos  
del peligro de esta selva.

Parte delante a Ferrara,  
Rutilio, y lleva las nuevas  
al duque del buen suceso;  
si por ventura no llega  
anticipada la fama,  
que se detiene en las buenas  
cuanto corre en siendo malas.

Vamos, señora, y prevengan  
caballo al conde.

FLORO: El caballo  
del conde.

CASANDRA: Vuestra excelencia  
irá mejor en mi coche.

FEDERICO: Como mande vuestra alteza  
que vaya, la iré sirviendo.

El MARQUÉS lleve de la mano a CASANDRA y queden  
FEDERICO y BATÍN

BATÍN: ¡Qué bizarra es la duquesa!

FEDERICO: ¿Parécete bien, Batín?

BATÍN: Paréceme una azucena  
que está pidiendo al aurora  
en cuatro cándidas lenguas  
que le trueque en cortesía  
los granos de oro a sus perlas.

No he visto mujer tan linda.

¡Por Dios, señor, que si hubiera  
lugar, porque suben ya,  
y no es bien que la detengas,  
que te dijera...

FEDERICO: No digas  
nada; que con tu agudeza  
me has visto el alma en los ojos,  
y el gusto me lisonjeas.

BATÍN: ¿No era mejor para ti  
esta clavellina fresca,  
esta naranja en azahar,  
toda de pimpollos hecha,  
esta alcorza de ámbar y oro,  
esta Venus, esta Elena?

¡Pese a las leyes del mundo!

FEDERICO: Ven, no les demos sospecha;  
y seré el primer alnado  
a quien hermosa parezca  
su madrastra.

BATÍN: Pues, señor,  
no hay más de tener paciencia;  
que a fe que a dos pesadumbres,  
ella te parezca fea.

Vanse. Salen el DUQUE de Ferrara y AURORA, su  
sobrina

### El castigo sin venganza part 3

DUQUE: Hallarála en el camino  
Federico, si partió  
cuando dicen.

AURORA: Mucho erró,  
pues cuando el aviso vino  
era forzoso el partir  
a acompañar a su alteza.

DUQUE: Pienso que alguna tristeza  
pudo el partir diferir,  
que en fin, Federico estaba  
seguro en su pensamiento  
de heredarme, cuyo intento,  
que con mi amor consultaba,  
fundaba bien su intención,  
porque es Federico, Aurora,  
lo que más mi alma adora,  
y fue casarme traición  
que hago a mi propio gusto;  
que mis vasallos han sido  
quien me ha forzado y vencido  
a darle tanto disgusto;  
si bien dicen que esperaban  
tenerle por su señor,  
o por conocer mi amor,  
o porque también le amaban;

mas que los deudos que tienen  
derecho a mi sucesión,  
pondrán pleito con razón;  
o que si a las armas vienen,  
no pudiendo concertallos,  
abrasarán estas tierras,  
porque siempre son las guerras  
a costa de los vasallos.  
Con esto determiné  
casarme. No pude más.  
AURORA: Señor, disculpado estás.  
Yerro de Fortuna fue.  
Pero la grave prudencia  
del conde hallará templanza,  
para que su confianza  
tenga consuelo y paciencia.  
Aunque en esta confusión  
un consejo quiero darte,  
que será remedio en parte  
de su engaño y tu afición.  
Perdona el atrevimiento;  
que fiada en el amor  
que me muestras, con valor  
te diré mi pensamiento.

Yo soy, invicto duque, tu sobrina;  
hija soy de tu hermano,  
que en su primera edad, como temprano  
almendro que la flor al cierzo inclina,  
cinco lustros, ¡ay suerte  
crüel!, rindió a la inexorable muerte.  
Criásteme en tu casa, porque luego  
quedé también sin madre.  
Tú sólo fuiste mi querido padre,  
y en el confuso laberinto ciego  
de mis fortunas tristes  
el hilo de oro que de luz me vistes.  
Dísteme por hermano a Federico,  
mi primo en la crianza,  
a cuya siempre honesta confianza  
con dulce trato honesto amor aplico,  
no menos de él querida,  
viviendo entramos una misma vida.  
Una ley, un amor, un albedrío,

una fe nos gobierna,  
que con el matrimonio será eterna,  
siendo yo suya, y Federico mío;  
que aun apenas la muerte  
osara dividir lazo tan fuerte.  
Desde la muerte de mi padre amado,  
tiene mi hacienda aumento;  
no hay en Italia agora casamiento  
más igual a sus prendas y a su estado;  
que yo, entre muchos grandes,  
ni miro a España, ni me aplico a Flandes.  
Si le casas conmigo, estás seguro  
de que no se entristezca  
de que Casandra sucesión te ofrezca,  
sirviendo yo de su defensa y muro.  
Mira si en este medio  
promete mi consejo tu remedio.

DUQUE: Dame tus brazos, Aurora,  
que en mi sospecha y recelo,  
eres la misma del cielo  
que mi noche ilustra y dora.  
Hoy mi remedio amaneces,  
y en el sol de tu consejo  
miro, como en claro espejo,  
el que a mi sospecha ofreces.  
Mi vida y honra aseguras;  
y así, te prometo al conde,  
si a tu honesto amor responde  
la fe con que le procuras;  
que bien creo que estará  
cierta de su justo amor,  
como yo, que tu valor,  
Aurora, merece más.  
Y así, pues vuestros intentos  
conformes vienen a ser,  
palabra te doy de hacer  
juntos los dos casamientos.  
Venga el conde, y tú verás  
qué día a Ferrara doy.  
AURORA: Tu hija y tu esclava soy.  
No puedo decirte más.

Sale BATÍN

BATÍN: Vuestra alteza, gran señor,  
reparta entre mí y el viento  
las albricias, porque a entrambos  
se las debe de derecho;  
que no sé cual de los dos  
vino en el otro corriendo;  
yo en el viento, o él en mí,  
él en mis pies, yo en su vuelo.

La duquesa, mi señora,  
viene buena, y si primero  
dijo la fama que el río,  
con atrevimiento necio,  
volvió el coche, no fue nada;  
porque el conde al mismo tiempo  
llegó y la sacó en los brazos,  
con que las paces se han hecho  
de aquella opinión vulgar:  
que nunca bien se quisieron  
los alnados y madrastras;  
porque con tanto contento  
vienen juntos, que parecen  
hijo y madre verdaderos.

DUQUE: Esa paz, Batín amigo,  
es la nueva que agradezco;  
y que traiga gusto el conde,  
fuera de ser nueva es nuevo.

Querrá Dios que Federico  
con su buen entendimiento  
se lleve bien con Casandra.  
En fin, ¿ya los dos se vieron,  
y en tiempo que pudo hacerle  
ese servicio?

BATÍN: Prometo  
a vuestra alteza que fue  
dicha de los dos.

AURORA: Yo quiero  
que me des nuevas también.

BATÍN: ¡Oh, Aurora, que a la del cielo  
das ocasión con el nombre  
para decirte conceptos!

¿Qué me quieres preguntar?

AURORA: Deseo de saber tengo  
si es muy hermosa Casandra.

BATÍN: Esa pregunta y deseo  
no era de vuestra excelencia,  
sino del duque; mas pienso  
que entrambos sabéis por fama  
lo que repetir no puedo,  
porque ya llegan.

DUQUE: Batín,  
ponte esta cadena al cuello.

Salen con gran acompañamiento y bizarría

RUTILIO,

FLORO, ALBANO, LUCINDO, el MARQUÉS Gonzaga, FEDERICO, CASANDRA y  
LUCRECIA

FEDERICO: En esta huerta, señora,  
os tienen hecho aposento  
para que el duque os reciba,  
en tanto que disponiendo  
queda Ferrara la entrada,  
que a vuestros merecimientos  
será corta, aunque será  
la mayor que en estos tiempos  
en Italia se haya visto.

CASANDRA: Ya, Federico, el silencio  
me provocaba a tristeza.

FEDERICO: Fue de aquesta causa efecto.  
Ya salen a recibiros  
el Duque y Aurora.

DUQUE: El cielo,  
hermosa Casandra, a quien  
con toda el alma os ofrezco  
estos estados, os guarde,

para su señora y dueño,  
para su aumento y su honor,  
los años de mi deseo.

CASANDRA: Para ser de vuestra alteza  
esclava, gran señor, vengo,  
que de este título sólo  
recibe mi casa aumento,  
mi padre honor y mi patria  
gloria, en cuya fe poseo  
los méritos de llegar  
a ser digna de los vuestros.

DUQUE: Dadme vos, señor Marqués,  
los brazos, a quien hoy debo  
prenda de tanto valor.

MARQUÉS: En su nombre los merezco,  
y por la parte que tuve  
en este alegre himeneo,  
pues hasta la ejecución  
me sois deudor del concierto,

AURORA: Conoced, Casandra, a Aurora.

CASANDRA: Entre los vienes que espero  
de tanta ventura mía,  
es ver, Aurora, que os tengo  
por amiga y por señora.

AURORA: Con serviros, con quereros  
por dueño de cuanto soy,  
sólo responderos puedo.

Dichosa Ferrara ha sido,  
¡oh Casandra!, en mereceros  
para gloria de su nombre.

CASANDRA: Con tales favores entro,  
que ya en todas mis acciones  
próspero fin me prometo.

DUQUE: Sentaos, porque os reconozcan  
con debido amor mis deudos  
y mi casa.

CASANDRA: No replico;  
cuanto mandáis obedezco.

Siéntense debajo del dosel el DUQUE y CASANDRA y el  
MARQUÉS y AURORA

CASANDRA: ¿No se sienta el conde?

DUQUE: No;

porque ha de ser el primero  
que os ha de besar la mano.

CASANDRA: Perdonad; que no consiento  
esa humildad.

FEDERICO: Es agravio  
de mi amor; fuera de serlo,  
es ir contra mi obediencia.

CASANDRA: Eso no.

FEDERICO: (Temblando llego). Aparte

CASANDRA: Teneos.

FEDERICO: No lo mandéis.

Tres veces, señora, beso  
vuestra mano: una por vos,  
con que humilde me sujeto  
a ser vuestro mientras viva,  
de estos vasallos ejemplo;  
la segunda por el duque,  
mi señor, a quien respeto  
obediente; y la tercera  
por mí, porque no teniendo  
más por vuestra obligación  
ni menos por su precepto,  
sea de mi voluntad,  
señora, reconoceros;  
que la que sale del alma  
sin fuerza de gusto ajeno,  
es verdadera obediencia.

CASANDRA: De tan obediente cuello  
sean cadena mis brazos.

DUQUE: Es Federico discreto.

MARQUÉS: Días ha, gallarda Aurora,  
que los deseos de veros  
nacieron de vuestra fama,  
y a mi fortuna le debo  
que tan cerca me pusiese  
de vos, aunque no sin miedo,  
para que sepáis de mí  
que, puesto que se cumplieron,  
son mayores de serviros  
cuando tan hermosa os veo.

AURORA: Yo, señor marques, estimo

ese favor como vuestro,  
porque ya de vuestro nombre,  
que por las armas eterno  
será en Italia, tenía  
noticia por tantos hechos.  
Lo de galán ignoraba,  
y fue ignorancia os confieso,  
porque soldado y galán  
es fuerza, y más en sujeto  
de tal sangre y tal valor.  
MARQUÉS: Pues haciendo fundamento  
de ese favor, desde hoy  
me nombro vuestro, y prometo  
mantener en estas fiestas  
a todos los caballeros  
de Ferrara, que ninguno  
tiene tan hermoso dueño.  
DUQUE: Que descanséis es razón;  
que pienso que entreteneros  
es hacer la necesidad  
que otros casados dijeron.  
No diga el largo camino  
que he sido dos veces necio,  
y amor que no estimo el bien,  
pues no le agradezco el tiempo.

Todos se van con grandes cumplimientos y quedan FEDERICO  
y BATÍN

FEDERICO: ¡Qué necia imaginación!  
BATÍN: ¿Cómo necia? ¿Qué tenemos?  
FEDERICO: Bien dicen que nuestra vida  
es sueño, y toda es sueño,  
pues que no sólo dormidos,  
pero aun estando despiertos,  
cosas imagina un hombre  
que al más abrasado enfermo  
con frenesí no pudieran

llegar a su entendimiento.

BATÍN: Dices bien; que alguna vez

entre muchos caballeros  
suelo estar, y sin querer  
se me viene al pensamiento

dar un bofetón a uno

y morderle del pezcuezo.

Si estoy en algún balcón,  
estoy pensando y temiendo  
echarme de él, y matarme.

Si estoy en la iglesia oyendo  
algún sermón, imagino  
que le digo que está impreso.

Dame ganas de reír

si voy en algún entierro;

y si dos están jugando  
que les tiro el candelero.

Si cantan, quiero cantar,

y si alguna dama veo,

en mi necia fantasía

asirla del moño intento,

y me salen mil colores,

como si lo hubiera hecho.

FEDERICO: ¡Jesús! ¡Dios me valga! ¡Afuera,  
desatinados conceptos

de sueños despiertos! ¿Yo

tal imagino, tal pienso?

¡Tal me prometo, tal digo!

¡Tal fabrico, tal emprendo!

¡No más! ¡Extraña locura!

BATÍN: Pues, ¿Tú para mí secreto?

FEDERICO: Batín, no es cosa que hice,

y así nada te reservo;

que las imaginaciones

son espíritus sin cuerpo.

Lo que no es ni ha de ser,

no es esconderte mi pecho.

BATÍN: Y si te lo digo yo,

¿negarásme lo?

FEDERICO: Primero

que puedas adivinarlo,

habrá flores en el cielo,

y en este jardín estrellas.

BATÍN: Pues mira como lo acierto;

que te agrada tu madrastra

y estás entre ti diciendo...

FEDERICO: ¡No lo digas! Es verdad.

Pero yo, ¿qué culpa tengo,  
pues el pensamiento es libre?

BATÍN: Y tanto, que por su vuelo  
la inmortalidad del alma  
se mira como en espejo.

FEDERICO: Dichoso es el duque.

BATÍN: ¡Y mucho!

FEDERICO: Con ser imposible, llego  
a estar envidioso de él.

BATÍN: Bien puedes, con presupuesto  
de que era mejor Casandra  
para ti.

FEDERICO: Con eso puedo  
morir de imposible amor  
y tener posibles celos.

Vanse los dos

FIN DEL PRIMER ACTO

## ACTO SEGUNDO

Salen CASANDRA y LUCRECIA

LUCRECIA: Con notable admiración  
me ha dejado vuestra alteza.

CASANDRA: No hay altezas con tristeza,  
y más si bajezas son.

Más quisiera, y con razón,  
ser una ruda villana  
que me hallara la mañana  
al lado de un labrador,  
que desprecio de un señor  
en oro, púrpura y grana.  
¡Pluguiera a Dios que naciera  
bajamente, pues hallara  
quien lo que soy estimara  
y a mi amor correspondiera!  
En aquella humilde esfera,  
como en las camas reales,  
se gozan contentos tales,  
que no los crece el valor,  
si los efectos de amor  
son en las noches iguales.  
No los halla a dos casados  
el sol por las vidrieras  
de cristal, a la primeras

lucos del alba, abrazados  
con más gusto, ni en dorados  
techos más descanso halló  
que tal ves su rayo entró,  
del aurora a los principios,  
por mal ajustados ripios,  
y un alma en dos cuerpos vio.  
¡Dichosa la que no siente  
un desprecio autorizado,  
y se levanta del lado  
de su esposo alegremente!  
La que en la primera fuente  
mira y lava, ¡oh cosa rara!,  
con las dos manos la cara,  
y no en llanto cuando fue  
con ser duque de Ferrara.  
Sola una noche le vi  
en mis brazos en un mes,  
y muchas le vi después  
que no quiso verme a mí.  
Pero de que viva así  
¿cómo me puedo quejar,  
pues que me pudo enseñar  
la fama que quien vivía  
tan mal, no se enmendaría  
aunque mudase lugar?  
Que venga un hombre a su casa  
cuando viene al mundo el día,  
que viva a su fantasía,  
por libertad de hombre pasa.  
¿Quién puede ponerle tasa?  
Pero que con tal desprecio  
trate una mujer de precio,  
de que es casado olvidado,  
o quiere ser desdichado,  
o tiene mucho de necio.  
El duque debe de ser  
de aquéllos cuya opinión  
en tomando posesión,  
quieren en casa tener  
como alhaja la mujer,  
para adorno, lustre y gala,  
silla o escritorio en sala;  
y es término que condeno,  
porque con marido bueno,  
¿cuándo se vio mujer mala?  
La mujer de honesto trato

viene para ser mujer  
a su casa; que no a ser  
silla, escritorio o retrato.  
Basta ser un hombre ingrato,  
sin que sea descortés;  
y es mejor, si causa es  
de algún pensamiento extraño,  
no dar ocasión al daño,  
que remediarle después.

LUCRECIA: Tu discurso me ha causado

lástima y admiración;  
que tan grande sinrazón  
puede ponerte en cuidado.  
¿Quién pensara que casado  
fuera el duque tan vicioso,  
o que no siendo amoroso,  
cortés, como dices, fuera,  
con que tu pecho estuviera  
para el agravio animoso?  
En materia de galán  
puédese picar en celos,  
y dar algunos desvelos,  
cuando dormidos están  
el desdén, el ademán,  
la risa con quien pasó,  
alabar al que la habló,  
con que despierta el dormido;  
pero celos a marido,  
¿quién en el mundo los dio?  
¿Hale escrito vuestra alteza  
a su padre estos enojos?

CASANDRA: No, Lucrecia; que mis ojos  
sólo saben mi tristeza.

LUCRECIA: Conforme a la naturaleza  
y a la razón, mejor fuera  
que el conde te mereciera  
y que contigo casado,  
asegurado su estado,  
su nieto le sucediera.  
Que aquestas melancolías  
que trae el conde, no son,  
señora, sin ocasión.

CASANDRA: No serán sus fantasías,  
Lucrecia, de envidias mías,  
ni yo hermanos le daré;  
conque Federico esté  
seguro que no soy yo

la que la causa le dio.  
Desdicha de entrambos fue.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATÍN

DUQUE: Si yo pensara, conde, que te diera  
tanta tristeza el casamiento mío,  
antes de imaginarlo me muriera.

FEDERICO: Señor, fuera notable desvarío  
entristecerme a mí tu casamiento.

Ni de tu amor por eso desconfío.  
Advierta pues tu claro entendimiento  
que si del casamiento me pesara,  
disimular supiera el descontento.

La falta de salud se ve en mi cara,  
pero no la ocasión.

DUQUE: Mucho presumen  
los médicos de Mantua y de Ferrara,  
y todos finalmente se resumen  
en que casarte es el mejor remedio,  
en que tales tristezas se consumen.

FEDERICO: Para doncellas era mejor medio,  
señor, que para un hombre de mi estado  
que no por esos medios me remedio.

CASANDRA: Aun apenas el duque me ha mirado.  
¡Desprecio extraño y vil descortesía!

LUCRECIA: Si no te ha visto, no será culpado.

CASANDRA: Fingir descuido es brava tiranía.

Vamos, Lucrecia; que, si no me engaño,  
de este desdén le pesará algún día.

Vanse las dos

DUQUE: Si bien de la verdad me desengaño,  
yo quiero proponerte un casamiento,  
ni lejos de tu amor, ni en reino extraño.

FEDERICO: Es por ventura Aurora?

DUQUE: El pensamiento  
me hurtaste al producirla por los labios,  
como quien tuvo el mismo sentimiento.  
Yo consulté los más ancianos sabios  
del magistrado nuestro, y todos vienen  
en que esto sobredora tus agravios.

FEDERICO: Poca experiencia de mi pecho tienen;  
neciamente me juzgan agraviado,  
pues sin causa ofendido me previenen.  
Ellos saben que nunca reprobado  
tu casamiento de mi voto ha sido;  
antes por tu sosiego deseado.

DUQUE: Así lo creo y siempre lo he creído;  
y esa obediencia, Federico, pago  
con estar de casarme arrepentido.

FEDERICO: Señor, porque no entiendas que yo hago  
sentimiento de cosa que es tan justa,  
y el amor que me muestras satisfago,  
sabré primero si mi prima gusta;  
y luego disponiendo mi obediencia  
pues lo contrario fuera cosa injusta,  
haré lo que me mandas.

DUQUE: Su licencia  
tengo firmada de su misma boca.

FEDERICO: Yo sé que hay novedad, de cierta ciencia,  
y que porque a servirle le provoca,  
el marqués en Ferrara se ha quedado.

DUQUE: Pues eso, Federico, ¿qué te toca?

FEDERICO: Al que se ha de casar le da cuidado  
el galán que ha servido y aún enojos;  
que es escribir sobre papel borrado.

DUQUE: Si andan los hombres a mirar antojos,  
encierren en castillos las mujeres  
desde que nacen, contra tantos ojos;  
que el más puro cristal, si verte quieres,  
se mancha del aliento; mas, ¿qué importa  
si del mirar escrupuloso eres?

Pues luego que se limpia y se reporta,  
tan claro queda como estaba antes.

FEDERICO: Muy bien tu ingenio y tu valor me exhorta.

Señor, cuando centellas rutilantes  
escupe alguna fragua, y el que fragua  
quiere apagar las llamas resonantes,  
moja las brasas de la ardiente fragua;  
pero rebeldes ellas, crecen luego,  
y arde el fuego voraz lamiendo el agua.

Así un marido del amante ciego  
templa el deseo y la primera llama;  
pero puede volver más vivo el fuego;  
y así, debo temerme de quien ama;  
que no quiero ser agua que le aumente,  
dando fuego a mi honor y humo a mi fama.

DUQUE: Muy necio, conde, estás e impertinente.

Hablas de Aurora, cual si noche fuera,  
con bárbaro lenguaje e indecente.

FEDERICO: Espera.

DUQUE: ¿Para qué?

FEDERICO: Señor, espera.

Vase el DUQUE

BATÍN: ¡Oh qué bien has negociado  
la gracia del duque!

FEDERICO: Espero  
su desgracia, porque quiero  
ser en todo desdichado;  
que mi desesperación  
ha llegado a ser de suerte  
que sólo para la muerte  
me permite apelación.

Y si muriera quisiera  
poder volver a vivir  
mil veces, para morir  
cuantas a vivir volviera.  
Tal estoy, que no me atrevo  
ni a vivir ni a morir ya,  
por ver que el vivir será

volver a morir de nuevo.

Y si no soy mi homicida,  
es por ser mi mal tan fuerte,  
que porque es menos la muerte,  
me dejo estar con la vida.

BATÍN: Según eso, ni tú quieres  
vivir, conde, ni morir;  
que entre morir y vivir  
como hermafrodita eres;  
que como aquél se compone  
de hombre y mujer, tú de muerte  
y vida; que de tal suerte  
la tristeza te dispone,  
que ni eres muerte ni vida.

Pero ¡por Dios! que, mirado  
tu desesperado estado,  
me obligas a que te pida  
o la razón de tu mal  
o la licencia de irme  
adonde que fui confirme  
desdichado por leal.

Dame tu mano.

FEDERICO: Batín,  
si yo decirte pudiera  
mi mal, mal posible fuera,  
y mal que tuviera fin.

Pero la desdicha ha sido  
que es mi mal de condición  
que no cabe en mi razón  
sino sólo en mi sentido;  
que cuando por mi consuelo  
voy a hablar, me pone en calma  
ver que de la lengua al alma  
hay más que del suelo al cielo,.  
Vete, si quieres, también,  
y déjame solo aquí,  
porque no haya cosa en mí  
que aun tenga sombra de bien.

Salen CASANDRA y AURORA

CASANDRA: ¿De eso lloras?

AURORA: ¿Le parece  
a vuestra alteza, señora,  
sin razón, si el conde agora  
me desprecia y aborrece?

Dice que quiero al marqués  
Gonzaga. ¿Yo a Carlos, yo?  
¿Cuándo? ¿Cómo? Pero no;  
que ya sé lo que esto es.

Él tiene en su pensamiento  
irse a España, despechado  
de ver su padre casado;  
que antes de su casamiento  
la misma luz de sus ojos  
era yo; pero ya soy  
quien en los ojos le doy,  
y mis ojos sus enojos.

¿Qué aurora nuevas del día  
trajo al mundo sin hallar  
al conde donde a buscar  
la de sus ojos venía?

¿En qué jardín, en qué fuente  
no me dijo el conde amores?

¿Qué jazmines o qué flores  
no fueron mi boca y frente?

Cuando de mí se apartó,  
¿qué instante vivió sin mí?,  
o, ¿cómo viviera en sí,  
si no le animara yo?

Que tanto el trato acrisola  
la fe de amor, que de dos  
almas que nos puso Dios,  
hicimos un alma sola.,

Esto desde tiernos años,  
porque con los dos nació  
este amor, que hoy acabó  
a manos de sus engaños.

Tanto pudo la ambición  
del estado que ha perdido.

CASANDRA: Pésame de que haya sido,

Aurora, por mi ocasión.

Pero templa tus desvelos  
mientras voy a hablar con él,  
si bien es cosa crüel

poner en razón los celos.

AURORA: ¿Yo celos?

CASANDRA: Con el marqués  
dice el duque.

AURORA: Vuestra alteza  
crea que aquella tristeza  
ni es amor, ni celos es.

Vase AURORA

CASANDRA: Federico.

FEDERICO: Mi señor,  
dé vuestra alteza la mano  
a su esclavo.

CASANDRA: ¿Tú en el suelo?  
Conde, no te humilles tanto;  
que te llamaré "excelencia."

FEDERICO: Será de mi honor agravio.  
Ni me pienso levantar  
sin ella.

CASANDRA: Aquí están mis brazos.  
¿Qué tienes? ¿Qué has visto en mí?  
Parece que estás temblando.

¿Sabes ya lo que te quiero?

FEDERICO: El haberlo adivinado,  
el alma lo dijo al pecho,  
el pecho al rostro, causando  
el sentimiento que miras.

CASANDRA: Déjanos solos un rato,  
Batín; que tengo que hablar  
al conde.

BATÍN: (¡El conde turbado, Aparte  
a hablarle Casandra a solas!  
No lo entiendo).

Vase BATÍN

El castigo sin venganza part 5

FEDERICO: (¡Ay cielo!, en tanto Aparte que muero Fénix, poned a tanta llama descanso, pues otra vida me espera).

CASANDRA: Federico, aunque reparo en lo que me ha dicho Aurora de tus celosos cuidados después que vino conmigo a Ferrara el marqués Carlos, por quien de casarte dejas, apenas me persuado que tus méritos desprecies, siendo, como dicen, sabios desconfianza y envidia; que más tiene de soldado, aunque es gallardo el marqués, que de galán cortesano. De suerte que lo que pienso de tu tristeza y recato es porque el duque, tu padre, se casó conmigo, dando por ya perdida tu acción, a la luz del primero parto,

que a sus estados tenías.  
Y siendo así que yo causo  
tu desasosiego y pena,  
desde aquí te desengaño,  
que puedes estar seguro  
de que no tendrás hermanos,  
porque el duque, solamente  
por cumplir con sus vasallos,  
este casamiento ha hecho;  
que sus viciosos regalos,  
por no les dar otro nombre,  
apenas el breve espacio  
de una noche, que su cuenta  
fue cifra de muchos años,  
mis brazos le permitieron;  
que a los deleites pasados  
ha vuelto con mayor furia,  
roto el freno de mis brazos.  
Como se suelta al estruendo  
un arrogante caballo  
del atambor, porque quiero  
usar de término casto,  
que del bordado jaez  
va sembrando los pedazos,  
allí las piezas del freno  
vertiendo espumosos rayos,  
allí la barba y la rienda,  
allí las cintas y lazos.  
Así el duque, la obediencia  
rota al matrimonio santo,  
va por mujercillas viles  
pedazos de honor sembrando.  
Allí se deja la fama,  
allí los laureles y arcos,  
los títulos y los nombres  
de sus ascendientes claros,  
allí el valor, la salud  
y el tiempo tan mal gastado,  
haciendo las noches días  
en estos indignos pasos;  
con que sabrás cuán seguro  
estás de heredar su estado;  
o escribiendo yo a mi padre  
que es, más que esposo, tirano,  
para que me saque libre  
del Argel de su palacio,  
si no anticipa la muerte

breve fin a tantos daños.  
FEDERICO: Comenzando vuestra alteza  
riñéndome, acaba en llanto  
su discurso, que pudiera  
en el más duro peñasco  
imprimir dolor. (¿Qué es esto? Aparte  
Sin duda que ma ha mirado  
por hijos de quien la ofende;  
pero yo la desengaño  
que no parezca hijo suyo  
para tan injustos casos).  
Esto persuadido así,  
de mi tristeza, me espanto  
que la atribuyas, señora,  
a pensamientos tan bajos.  
¿Ha menester Federico,  
para ser quien es, estado?  
¿No lo son los de mi prima,  
si yo con ella me caso,  
o si la espada por dicha  
contra algún príncipe saco  
de estos confinantes nuestros,  
los que me quitan restauo?  
No procede mi tristeza  
de interés; y aunque me alargó  
a más de lo que es razón,  
sabe, señora, que paso  
una vida la más triste  
que se cuenta de hombre humano  
desde que Amor en el mundo  
puso las flechas al arco.  
Yo me muero sin remedio,  
mi vida se va acabando,  
como vela, poco a poco,  
y ruego a la muerte en vano  
que no aguarde a que la cera  
llegue al último desmayo,  
sino que con breve soplo  
cubra de noche mis años.  
CASANDRA: Detén, Federico ilustre,  
las lágrimas; que no ha dado  
el cielo el llanto a los hombres,  
sino el ánimo gallardo.  
Naturaleza el llorar  
vinculó por mayorazgo  
en las mujeres, a quien,  
aunque hay valor, faltan manos.

No en los hombres, que una vez  
sólo pueden, y es en caso  
de haber perdido el honor,  
mientras vengan el agravio.  
¡Mal haya Aurora, y sus celos,  
que un caballero bizarro,  
discreto, dulce y tan digno  
de ser querido, a una estado  
ha reducido tan triste!

FEDERICO: No es Aurora; que es engaño.

CASANDRA: Pues, ¿quién es?

FEDERICO: El mismo sol;  
que de esas auroras hallo  
muchas siempre que amanece.

CASANDRA: ¿Que no es Aurora?

FEDERICO: Más alto  
vuela el pensamiento mío.

CASANDRA: ¿Mujer te ha visto y hablado,  
y tú le has dicho tu amor,  
que puede con pecho ingrato  
corresponderte? ¿No miras  
que son efectos contrarios,  
y proceder de una causa  
parece imposible?

FEDERICO: Cuando  
supieras tú el imposible,  
dijeras que soy de mármol,  
pues no me matan mis penas,  
o que vivo de milagro.  
¿Qué Faetonte se atrevió  
del sol al dorado carro,  
aquél que juntó con cera,  
débiles plumas infausto,  
que sembradas por los vientos,  
pájaros que van volando  
las creyó el mar, hasta verlas  
en sus cristales salados?  
¿Qué Belerofonte vio  
en el caballo Pegaso  
parecer el mundo un punto  
del círculo de los astros?  
¿Qué griego Sinón metió  
aquel caballo preñado  
de armado hombres en Troya,  
fatal de su incendio parto?  
¿Qué Jasón tentó primero  
pasar el mar temerario,

poniendo yugo a su cuello  
los pinos y lienzos de Argos,  
que se iguale a mi locura?  
CASANDRA: ¿Estás, conde, enamorado  
de alguna imagen de bronce,  
ninfa o diosa de alabastro?  
Las almas de las mujeres  
no las viste jaspe helado;  
ligera cortina cubre  
todo pensamiento humano.  
Jamás Amor llamó al pecho,  
siendo con méritos tantos,  
que no respondiese el alma;  
"Aquí estoy; pero entrad paso."  
Dile tu amor, sea quien quiere;  
que no sin causa pintaron  
a Venus tal vez los griegos  
rendida a un sátiro y fauno.  
Más alta será la luna,  
y de su cerco argentado  
bajó por Endimión  
mil veces al monte Latmo.  
Toma mi consejo, conde;  
que el edificio más casto  
tiene la puerta de cera.  
Habla, y no mueras callando.  
FEDERICO: El cazador con industria  
pone al pelícano indiano  
fuego alrededor del nido;  
y él, descendiendo de un árbol,  
para librar a sus hijos  
bate las alas turbado,  
con que más enciende el fuego  
que piensa que está matando.  
Finalmente se le queman,  
y sin alas, en el campo  
se deja coger, no viendo  
que era imposible volando.  
Mis pensamientos, que son  
hijos de mi amor, que guardo  
en el nido del silencio,  
se están, señora, abrasando.  
Bate las alas amor,  
y enciéndelos por librarlos.  
Crece el fuego, y él se quema.  
Tú me engañas, yo me abraso;  
tú me incitas, yo me pierdo;

tú me animas, yo me espanto;  
tú me esfuerzas, yo me turbo;  
tú me libras, yo me enlace;  
tú me llevas, yo me quedo;  
tú me enseñas, yo me atajo;  
porque es tanto mi peligro,  
que juzgo por menos daños,  
pues todos ha de ser morir,  
morir sufriendo y callando.

Vase FEDERICO

CASANDRA: No ha hecho en la tierra el cielo  
cosa de más confusión  
que fue la imaginación  
para el humano desvelo.  
Ella vuelve el fuego en hielo,  
y en el color se transforma  
del deseo, donde forma  
guerra, paz, tormenta y calma;  
y es una manera de alma  
que más engaña que informa.  
Estos oscuros intentos,  
estas clara confusiones,  
más que me han dicho razones,  
me han dejado pensamientos.  
¿Qué tempestades los vientos  
mueven de más variedades  
que estas confusas verdades  
en una imaginación?  
Porque las del alma son  
las mayores tempestades.  
Cuando a imaginar me inclino  
que soy lo que quiere el conde,  
el mismo engaños responde  
que lo imposible imagino.  
Luego mi fatal destino  
me ofrece mi casamiento,

y en lo que siento, consiento;  
que no hay tan grande imposible  
que no le juzguen visible  
los ojos del pensamiento.  
Tantas cosas se me ofrecen  
juntas, como esto ha caído  
sobre un bárbaro marido,  
que pienso que me enloquecen.  
Los imposibles parecen  
fáciles, y yo, engañada,  
ya pienso que estoy vengada;  
mas siendo error tan injusto,  
a la sombra de mi gusto  
estoy mirando su espada.  
Las partes del conde son  
grandes; pero mayor fuera  
mi desatino, si diera  
puerta a tan loca pasión.  
No más, necia confusión.  
Salid, cielo, a la defensa  
aunque no yerra quien piensa;  
porque en el mundo no hubiera  
hombre con honra si fuera  
ofensa pensar la ofensa.  
Hasta agora no han errado  
ni mi honor ni mi sentido,  
porque lo que he consentido,  
ha sido un error pintado.  
Consentir lo imaginado,  
para con Dios es error,  
mas no para el deshonor;  
que diferencian intentos  
el ver Dios los pensamientos  
y no los ver el honor.

Sale AURORA

AURORA: Larga plática ha tenido

vuestra alteza con el conde.  
¿Qué responde?  
CASANDRA: Que responde  
a tu amor agradecido.  
Sosiega, Aurora, sus celos;  
que esto pretende, no más.

Vase CASANDRA

AURORA: ¡Qué tibio consuelo das  
a mis ardientes celos!  
¡Que pueda tanto en un hombre  
que adoró mis pensamientos,  
ver burlados los intentos  
de aquel ambicioso nombre  
con que heredaba a Ferrara!  
Tú eres poderoso, Amor.  
Por ti ni en vida, ni honor,  
ni aun en alma se repara.  
Y Federico se muere  
que me solía querer,  
con la tristeza de ver  
lo que de Casandra infiere.  
Pero, pues él ha fingido  
celos por disimular  
la ocasión, y despertar  
suelen el amor dormido,  
quiero dárselos de veras,  
favoreciendo al marqués.

Salen RUTILIO y el MARQUÉS

RUTILIO: Con el contrario que ves,  
en vano remedio esperas  
de tus locas esperanzas.

MARQUÉS: Calla, Rutilio, que aquí  
está Aurora.

RUTILIO: Y tú sin ti,  
firme entre tantas mudanzas.

MARQUÉS: Aurora del claro día  
en que te dieron mis ojos,  
con toda el alma en despojos,  
la libertad que tenía;  
Aurora, que el son envía  
cuando en mi pena anochece,  
por quien ya cuanto florece  
viste colores hermosas,  
pues entre perlas y rosas  
de tus labios amanece;  
Desde que de Mantua vine,  
hice con poca ventura  
elección de tu hermosura,  
que no hay alma que no incline.  
¡Qué mal mi engaño previne,  
puesto que el alma te adora,  
pues sólo sirve, señora,  
de que te canses de mí,  
hallando mi noche en ti,  
cuando te suspiro Aurora!  
No el verte desdicha ha sido;  
que ver luz nunca lo fue,  
sino que mi amor te dé  
causa para tanto olvido.  
Mi partida he prevenido,  
que es el remedio mejor:  
fugitivo a tu rigor,  
voy a buscar resistencia  
en los milagros de ausencia  
y en las venganzas de amor.

Dame licencia y la mano.

AURORA: No se morirá de triste  
el que tan poco resiste,  
ni galán ni cortesano,  
marqués, el primer desdén;  
que no están hechos favores  
para primeros amores  
antes que se quiera bien.

Poco amáis, poco sufrís,  
pero en tal desigualdad,  
con la misma libertad  
que licencia me pedís,  
os mando que no os partáis.

MARQUÉS: Señora, a tan gran favor,  
aunque parece rigor,  
con que esperar me mandáis,  
no los diez años que a Troya  
cercó el griego, ni los siete  
del pastor, a quien promete  
Labán su divina joya,  
pero siglos inmortales,  
como Tántalo estaré  
entre la duda y la fe  
de vuestros bienes y males.  
Albricias quiero pedir  
a mi amor de mi esperanza.  
AURORA: Mientras el bien no se alcanza  
méritos tiene el sufrir.

Salen el DUQUE, FEDERICO y BATÍN

## El castigo sin venganza part 6

DUQUE: Escríbeme el Pontífice por ésta  
que luego a Roma parta.

FEDERICO: ¿Y no dice la causa en esa carta?

DUQUE: Que sea la respuesta,

conde, partirme al punto.

FEDERICO: Si lo encubres, señor, no lo pregunto.

DUQUE: ¿Cuándo te encubro yo, conde, mi pecho?

Sólo puedo decirte que sospecho  
que con las guerras que en Italia tiene,  
si numeroso ejército previene,

podemos presumir que hacerme intenta  
general de la Iglesia; que a mi cuenta  
también querrá que con dinero ayude,  
si no es que en la elección de intento mude.

FEDERICO: No en vano lo que piensas me encubrías,  
si solo te partías;

que ya será conmigo; que a tu lado  
no pienso que tendrás mejor soldado.

DUQUE: Eso no podrá ser porque no es justo,  
conde, que sin los dos mi casa quede.

Ninguno como tú regirla puede.

Esto es razón y basta ser mi gusto.

FEDERICO: No quiero darte, gran señor, disgusto;  
pero en Italia, ¿qué dirán si quedo?

DUQUE: Que esto es gobierno, y que sufrir no puedo  
aun de mi propio hijo compañía.

FEDERICO: Notable prueba en la obediencia mía.

Vase el DUQUE

BATÍN: Mientras con el duque hablaste  
he reparado en que Aurora,  
sin hacer caso de ti,  
con el marqués habla a solas.

FEDERICO: ¿Con el marqués?

BATÍN: Sí, señor.

FEDERICO: ¿Y qué piensas tú que importa?

AURORA, aparte con el MARQUÉS y  
RUTILIO

AURORA: Esta banda prenda sea  
del primer favor.

MARQUÉS: Señora,  
será cadena en mi cuello,  
será de mi mano esposa,  
para no darla en mi vida.  
Si queréis que me la ponga,  
será doblado el favor.

AURORA: (Aunque es venganza amorosa Aparte  
parece a mi amor agravio).

Porque de dueño mejora  
os ruego que os la pongáis.

BATÍN: Ser las mujeres traidoras  
fue de la naturaleza  
invención maravillosa;  
porque, si no fueran falsas,  
algunas digo, no todas,  
idolatraran en ellas  
los hombres que las adoran.

¿No ves la banda?

FEDERICO: ¿Qué banda?

BATÍN: ¿Qué banda? ¡Graciosa cosa!  
Una que lo fue del sol,

cuando lo fue de una sola  
en la gracia y la hermosura,  
planetas con que se adorna,  
y agora, como en eclipse,  
del dragón lo extremo toca.  
Yo me acuerdo cuando fuera  
la banda de la discordia,  
como la manzana de oro  
de Paris y las tres diosas.  
FEDERICO: Eso fue entonces, Batín,  
pero es otro tiempo agora.  
AURORA: Venid al jardín conmigo.

Vanse AURORA, el MARQUÉS y RUTILIO

BATÍN: ¡Con qué libertad la toma  
de la mano y se van juntos!  
FEDERICO: ¿Qué quieres, si se conforman  
las almas?  
BATÍN: ¿Eso respondes?  
FEDERICO: ¿Qué quieres que te responda?  
BATÍN: Si un cisne no sufre al lado  
otro cisne y se remonta  
con su prenda muchas veces  
a las extranjeras ondas;  
y un gallo, si al de otra casa  
con sus gallinas le topa,  
con el suyo le deshace  
los picos de la corona;  
y encrespando su turbante,  
turco por la barba roja,  
celoso vencerle intenta  
hasta en la nocturna solfa;  
¿cómo sufres que el marqués  
a quitarte se disponga  
prenda que tanto quisiste?  
FEDERICO: Porque la venganza propia  
para castigar las damas,

que a los hombres ocasionan,  
es dejarlas con su gusto;  
porque aventura la honra  
quien la pone en sus mudanzas.

BATÍN: Dame, por Dios, una copia  
de ese arancel de galanes,  
tomaréle de memoria.

No, conde. Misterio tiene  
tu sufrimiento, perdona;  
que pensamientos de amor  
son arcaduces de noria:  
ya deja el agua primera  
el que la segunda toma.

Por nuevo cuidado dejas  
el de Aurora; que si sobra  
el agua, ¿cómo es posible  
que pueda ocuparse de otra?

FEDERICO: Bachiller estás, Batín,  
pues con fuerza cautelosa  
lo que no entiendo de mí  
a presumir te provocas.

Entra, y mira qué hace el duque,  
y de partida te informa  
porque vaya acompañarle.

BATÍN: Sin causa necio me nombras,  
porque abonar tus tristezas  
fuera más necia lisonja.

Vase BATÍN

FEDERICO: ¿Qué buscas, imposible pensamiento?  
Bárbaro, ¿qué me quieres? ¿Qué me  
incitas?

¿Por qué la vida sin razón me quitas,  
donde volando aun no te quiere el viento?

Detén el vagaroso movimiento;  
que la muerte de entrambos solicitas.  
Déjame descansar, y no permitas

tan triste fin a tan glorioso intento.  
No hay pensamiento, si rindió despojos,  
que sin determinado fin se aumente,  
pues dándole esperanzas, sufre enojos.  
Todo es posible a quien amando intente;  
y sólo tú naciste de mis ojos,  
para ser imposible eternamente.

Sale CASANDRA

CASANDRA: Entre agravios y venganzas  
anda solícito Amor  
después de tantas mudanzas,  
sembrando contra mi honor  
mal nacidas esperanzas.  
En cosas inaccesibles  
quiere poner fundamentos,  
como si fuesen visibles;  
que no puede haber contentos  
fundado en imposibles.  
En el ánimo que inclino  
al mal, por tantos disgustos  
del duque, loca imagino  
hallar venganzas y gustos  
en el mayor desatino.  
Al galán conde y discreto,  
y su hijo, ya permito  
para mi venganza efeto,  
pues para tanto delito  
conviene tanto secreto.  
Vile turbado, llegando  
a decir su pensamiento,  
y desmayarse temblando,  
aunque es más atrevimiento  
hablar un hombre callando.  
Pues de aquella turbación  
tanto el alma satisfice  
dándome el duque ocasión,

que hay dentro de mi quien dice  
que si es amor, no es traición.

Y que cuando ser pudiera  
rendirme desesperada  
a tanto valor, no fuera  
la postrera enamorada,  
ni la traidora primera.

A sus padres han querido  
sus hijas, y a sus hermanos  
algunas. Luego no han sido  
mis sucesos inhumanos,  
ni mi propia sangre olvidado.

Pero no es disculpa igual  
que haya otros males, de quien  
me valga en peligro tal;  
que para pecar no es bien  
tomar ejemplo del mal.

Éste es el conde. ¡Ay de mí!

Pero ya determinada,  
¿qué temo?

FEDERICO: Ya viene aquí  
desnuda la dulce espada  
por quien la vida perdí.

¡Oh, hermosura celestial!

CASANDRA: ¿Cómo te va de tristeza  
Federico?

FEDERICO: En tanto mal,  
responderé a vuestra alteza  
que es mi tristeza inmortal.

CASANDRA: Destemplan melancolías  
la salud. Enfermo estás.

FEDERICO: Traigo unas necias porfías,  
sin que pueda decir más,  
señora, de que son mías.

CASANDRA: Si es cosa que yo la puedo  
remediar, fía de mí,  
que en amor tu amor excedo.

FEDERICO: Mucho fiara de ti,  
pero no me deja el miedo.

CASANDRA: Dijísteme que era amor  
tu mal.

FEDERICO: Mi pena y mi gloria  
nacieron de su rigor.

CASANDRA: Pues oye una antigua historia;  
que el amor quiere valor:

Antíoco, enamorado  
de su madrastra, enfermó

de tristeza y de cuidado.

FEDERICO: Bien hizo si se murió;  
que yo soy más desdichado.

CASANDRA: El rey su padre, afligido,  
cuantos médicos tenía  
juntó, y fue tiempo perdido;  
que la causa no sufría  
que fuese amor conocido.

Mas Eróstrato, más sabio  
que Hipócrates y Galeno,  
conoció luego su agravio;  
pero que estaba el veneno  
entre el corazón y el labio.

Tomóle el pulso y mandó  
que cuantas damas había  
en palacio entrasen.

FEDERICO: Yo  
presumo, señora mía,  
que algún espíritu habló.

CASANDRA: Cuando su madrastra entraba,  
conoció en la alteración  
del pulso, que ella causaba  
su mal.

FEDERICO: ¡Extraña invención!

CASANDRA: Tal en el mundo se alaba.

FEDERICO: ¿Y tuvo remedio así?

CASANDRA: No niegues, conde, que yo  
he visto lo mismo en ti.

FEDERICO: Pues, ¿enojaráste?

CASANDRA: No.

FEDERICO: ¿Y tendrás lástima?

CASANDRA: Sí.

FEDERICO: Pues, señora, yo he llegado  
perdido a Dios el temor  
y al duque, a tan triste estado,  
que éste mi imposible amor  
me tiene desesperado.

En fin, señora, me veo  
sin mí, sin vos, y sin Dios.  
Sin Dios, por lo que os deseo;  
sin mí, porque estoy sin vos;  
sin vos, porque no os poseo.

Y por si no lo entendéis,  
haré sobre estas razones  
un discurso, en que podréis  
conocer de mis pasiones  
la culpa que vos tenéis.

Aunque dicen que el no ser  
es, señora, el mayor mal,  
tal por vos me vengo a ver,  
que para no verme tal,  
quisiera dejar de ser.  
En tantos males me empleo,  
después que mi ser perdí,  
que aunque no verme deseo,  
para ver si soy quien fui,  
en fin, señora, me veo.  
A decir que soy quien soy,  
tal estoy, que no me atrevo,  
y por tales pasos voy,  
que aun no me acuerdo que debo  
a Dios la vida que os doy.  
Culpa tenemos los dos,  
del no ser que soy agora,  
pues olvidado por vos  
de mí mismo, estoy, señora,  
sin mí, sin vos y sin Dios.  
Sin mí no es mucho, pues ya  
no hay vida sin vos, que pida  
al mismo que me la da;  
pero sin Dios, con ser vida,  
¿quién si no me amor está?  
Si en desearos me empleo,  
y él manda no desear  
la hermosura que en vos veo,  
claro está que vengo a estar  
sin Dios, por lo que os deseo.  
¡Oh, qué loco barbarismo  
es presumir conservar  
la vida en tan ciego abismo  
hombre que no puede estar  
ni en vos, ni en Dios, ni en sí mismo.  
¿Qué habemos de hacer los dos,  
pues a Dios por vos perdí,  
después que os tengo por dios,  
sin Dios, porque estáis en mí,  
sin mí, porque estoy sin vos?  
Por haceros sólo bien,  
mil males vengo a sufrir;  
yo tengo amor, vos desdén,  
tanto, que puedo decir:  
¡mirad con quién y sin quién!  
Sin vos y sin mí peleo  
con tanta desconfianza.

Sin mí porque en vos ya veo  
imposible mi esperanza;  
sin vos, porque no os poseo  
CASANDRA: Conde, cuando yo imagino  
a Dios y al duque, confieso  
que tiemblo, porque adivino  
juntos para tanto exceso  
poder humano y divino.

Pero viendo que el amor  
halló en el mundo disculpa,  
hallo mi culpa menor,  
porque hace menor la culpa  
ser la disculpa mayor.

Muchas ejemplo me dieron,  
que a errar se determinaron;  
porque los que errar quisieron  
siempre miran los que erraron,  
no los que se arrepintieron.

Si remedio puede haber,  
es huir de ver y hablar;  
porque con no hablar ni ver,  
o el vivir se ha de acabar,  
o el amor se ha de vencer.

Huye de mí; que de ti  
yo no sé si huir podré,  
o me mataré por ti.

FEDERICO: Yo, señora moriré;  
que es lo más que haré por mí.

No quiero vida. Ya soy  
cuerpo sin alma, y de suerte  
a buscar mi muerte voy,  
que aun no pienso hallar mi muerte,  
por el placer que me doy.

Sola una mano suplico  
que me des; dame el veneno  
que me ha muerto.

CASANDRA: Federico,  
todo principio condeno,  
si pólvora al fuego aplico.  
Vete con Dios.

FEDERICO: ¡Qué traición!

CASANDRA: Ya determinada estuve;  
pero advertir es razón  
que por una mano sube  
el veneno al corazón.

FEDERICO: Sirena, Casandra, fuiste.  
Cantaste para meterme

en el mar, donde me diste  
la muerte.

CASANDRA: Yo he de perderme.

Tente, honor. Fama, resiste.

FEDERICO: Apenas a andar acierto.

CASANDRA: Alma y sentidos perdí.

FEDERICO: ¡Oh, qué extraño desconcierto!

CASANDRA: Yo voy muriendo por ti.

FEDERICO: Yo no, porque ya voy muerto.

CASANDRA: Conde, tú serás mi muerte.

FEDERICO: Y yo aunque muerto, estoy tal,  
que me alegro, con perderte,  
que sea el alma inmortal,  
por no dejar de quererte.

Vanse los dos

FIN DEL SEGUNDO ACTO

## ACTO TERCERO

Salen AURORA y el MARQUÉS

AURORA: Yo te he dicho la verdad.

MARQUÉS: No es posible persuadirme.

Mira si nos oye alguno,  
y mira bien lo que dices.

AURORA: Para pedirte consejo,  
quise, Marqués, descubrirte  
esta maldad.

MARQUÉS: ¿De qué suerte  
ver a Casandra pudiste  
con Federico?

AURORA: Esté atento.  
Yo te confieso que quise  
al conde, de quien lo fue,  
más traidor que el griego Ulises.  
Creció nuestro amor el tiempo;  
mi casamiento previne,  
cuando fueron por Casandra  
en fe de palabras firmes,  
si lo son las de los hombres,  
cuando sus iguales sirven.  
Fue Federico por ella,

de donde vino tan triste,  
que en proponiéndole el duque  
lo que de los dos le dije,  
se disculpó con tus celos.  
Y como el Amor permite,  
que, cuando camina poco,  
fingidos celos le piquen,  
déselos contigo, Carlos;  
pero el mismo efecto hice  
que en un diamante; que celos  
donde no hay amor, no imprimen.  
Pues viéndome despreciada  
y a Federico tan libre,  
di en inquirir la ocasión;  
y como celos son linceos  
que las paredes penetran,  
a saber la causa vine.  
En correspondencia tiene,  
sirviéndole de tapices  
retratos, vidrios y espejos,  
dos iguales camarines  
el tocador de Casandra;  
y como sospechas pisen  
tan quedo, dos cuerdas antes  
miré y vi, ¡caso terrible!  
en el cristal de un espejo  
que el conde las rosas mide  
de Casandra con los labios.  
Con esto, y sin alma, fuime,  
donde lloré mi desdicha  
y la de los dos; que viven,  
ausente el duque, tan ciegos,  
que parece que compiten  
en el amor y el desprecio,  
y gustan que se publique  
el mayor atrevimiento  
que pasara entre gentiles,  
o entre los desnudos cafres  
que lobos marinos visten.  
Parecióme que el espejo  
que los abrazos repite,  
por no ver tan gran fealdad  
oscureció los alindes;  
pero, más curioso Amor,  
la infame empresa prosigue,  
donde no ha quedado agravio  
de que no me certifique.

El duque dicen que viene  
victorioso, y que le ciñen  
sacros laureles la frente  
por las hazañas felices  
con que del Pastor de Roma  
los enemigos reprime.

Dime. ¿Qué tengo de hacer  
en tanto mal? Que me afligen  
sospechas de mayor daño,  
si es verdad que me dijiste  
tantos amores con alma;  
aunque soy tan infelice,  
que parecerás al conde  
en engañarme o en irte.

MARQUÉS: Aurora, la muerte sola  
es sin remedio, invencible,  
y aun a muchos hace el tiempo  
en el túmulo fenixes;  
porque dicen que no mueren  
los que por su fama viven.

Dile que te case al duque;  
que, como el sí me confirmes,  
con irnos los dos a Mantua,  
no hayas miedo que peligres.

Que si se arroja en el mar,  
con el dolor insufrible  
de los hijos que le quitan  
los cazadores, el tigre,  
cuando no puede alcanzarlos,  
¿qué hará el ferrarés Aquiles  
por el honor y la fama?

¿Cómo quieres que se limpie  
tan fea mancha sin sangre,  
para que jamás se olvide,  
si no es que primero el cielo  
sus libertades castigue,  
y por gigantes de infamia  
con vivos rayos fulmine?

Este consejo te doy.

AURORA: Y de tu mano le admite  
mi turbado pensamiento.

MARQUÉS: Será de la nueva Circe  
el espejo de Medusa,  
el cristal en que la viste.

Salen FEDERICO y BATIN

FEDERICO: ¿Qué no ha querido esperar  
que salgan a recibirle?

BATIN: Apenas de Mantua vio  
los deseados confines,  
cuando dejando la gente,  
y aun sin querer que te avisen,  
tomó caballos y parte.  
Tan mal el amor resiste,  
y los deseos de verte;  
que aunque es justo que le obligue  
la duquesa, no hay amor  
a quien el tuyo no prive.  
Eres el sol de sus ojos,  
y cuatro meses de eclipse  
le han tenido sin paciencia.  
Tú, conde, el triunfo aperece  
para cuando todos vengan;  
que las escuadras que rige  
han de entrar con mil trofeos,  
llenos de dorados timbres.

FEDERICO: Aurora, ¿siempre a mis ojos  
con el Marqués?

AURORA: ¡Qué donaire!

FEDERICO: ¿Con ese tibio desaire  
respondes a mis enojos?

AURORA: Pues, ¿qué maravilla ha sido  
el darte el marqués cuidado?

Parece que has despertado  
de cuatro meses dormido.

MARQUÉS: Yo, señor conde, no sé  
ni he sabido que sentís  
lo que agora me decís;  
que a Aurora he servido en fe  
de no haber competidor,

y más como vos lo fuera,  
a quien humilde rindiera  
cuanto no fuera mi amor.  
Bien sabéis que nunca os vi  
servirla; mas siendo gusto  
vuestro que la deje es justo,  
que mucho mejor que en mí  
se emplea en vos su valor.

Vase el MARQUÉS

AURORA: ¿Qué es esto que has intentado?  
O, ¿qué frenesí te ha dado  
sin pensamiento de amor?  
¿Cuántas veces al marqués  
hablando conmigo viste,  
desde que diste en ser triste,  
y mucho tiempo después?  
Y aun no volviste a mirarme,  
cuanto más a divertirme.  
¿Agora celoso y firme,  
cuando pretendo casarme?  
Conde, ya estás entendido.  
Déjame casar, y advierte  
que antes me daré la muerte,  
que ayudar lo que has fingido.  
Vuélvete, conde, a estar triste,  
vuelve a tu suspensa calma;  
que tengo muy en el alma  
los desprecios que me hiciste.  
Ya no me acuerdo de ti.  
¿Invenciones? Dios me guarde.  
Por tu vida, que es muy tarde  
para valerte de mí.

Vase AURORA

BATIN: ¿Qué has hecho?

FEDERICO: No sé, por Dios.

BATIN: Al emperador Tiberio  
pareces, si no hay misterio  
en dividir a los dos.

Hizo matar su mujer,  
y habiéndose ejecutado,  
mandó, a la mesa sentado,  
llamarla para comer.

Y Mesala fue un romano  
que se le olvidó su nombre.

FEDERICO: Yo me olvido de ser hombre.

BATIN: O eres como aquel villano  
que dijo a su labradora,  
después que de estar casados  
eran dos años pasados:

"¡Ojinegra es la señora!"

FEDERICO: ¡Ay, Batín, que estoy turbado  
y olvidado desatino!

BATIN: Eres como el vizcaíno  
que dejó el macho enfrenado,  
y viendo que no comía,  
regalándole las crines,  
un Galeno de rocines  
trajo a ver lo que tenía;  
el cual, viéndole con freno,  
fuera al vizcaíno echó;  
quitóle, y cuando volvió,  
de todo el pesebre lleno  
apenas un grano había,  
porque con gentil despacho,  
después de la paja el macho  
hasta el pesebre comía.

"Albéitar, juras a Dios,"

dijo, "es mejor que dotora,  
y yo y macho desde agora  
queremos curar con vos."

¿Qué freno es éste que tienes,  
que no te deja comer,

si médico puedo ser?  
¿Qué aguardas? ¿Qué te detienes?  
FEDERICO: ¡Ay, Batín, no sé de mí!  
BATIN: Pues estése la cebada  
queda, y no me digas nada.

Salen CASANDRA y LUCRECIA

CASANDRA: ¿Ya viene?  
LUCRECIA: Señora, sí.  
CASANDRA: ¿Tan brevemente?  
LUCRECIA: Por verte  
toda la gente dejó.  
CASANDRA: No lo creas; pero yo  
más quisiera ver mi muerte.  
En fin, señor conde, ¿viene  
el duque mi señor?  
FEDERICO: Ya  
dicen que muy cerca está;  
bien muestra el amor que os tiene.  
CASANDRA: Muriendo estoy de pesar  
de que ya no podré verte  
como solía.  
FEDERICO: ¿Qué muerte  
pudo mi amor esperar,  
como su cierta venida?  
CASANDRA: Yo pierdo, conde, el sentido.  
FEDERICO: Yo no, porque le he perdido.  
CASANDRA: Sin alma estoy.  
FEDERICO: Yo sin vida.  
CASANDRA: ¿Qué habemos de hacer?  
FEDERICO: Morir.  
CASANDRA: ¿No hay otro remedio?  
FEDERICO: No;  
porque en perdiéndote yo,  
¿para qué quiero vivir?  
CASANDRA: ¿Por eso me has de perder?  
FEDERICO: Quiero fingir desde agora

que sirvo y que quiero a Aurora  
y aun pedirla por mujer  
al duque, para desvelos  
de él y de palacio, en quien  
yo sé que no se habla bien.  
CASANDRA: ¡Agravios! ¿No bastan celos?  
¿Casarte? ¿Estás, conde, en ti  
FEDERICO: El peligro de los dos  
me obliga.  
CASANDRA: ¿Qué? ¡Vive Dios!,  
que si te burlas de mí,  
después que has sido ocasión  
de esta desdicha, que a voces  
diga, --¡oh, qué mal me conoces!--  
tu maldad y mi traición.  
FEDERICO: ¡Señora!  
CASANDRA: No hay qué tratar.  
FEDERICO: ¡Que te oirán!  
CASANDRA: Que no me impidas.  
Quíteme el duque mil vidas,  
pero no te has de casar.

Salen FLORO, FEBO, RICARDO, ALBANO, LUCINDO, y el DUQUE  
detrás,  
galán, de soldado

RICARDO: Ya estaban disponiendo recibirte.  
DUQUE: Mejor sabe mi amor adelantarse.  
CASANDRA: ¿Es posible, señor, que persuadirte  
pudiste a tal agravio?  
FEDERICO: ¿Y de agraviarse  
quejosa mi señora la duquesa,  
parece que mi amor puede culparse?  
DUQUE: Hijo, el paterno amor, que nunca cesa  
de amar su propia sangre y semejanza,  
para venir facilitó la empresa;  
que ni cansancio ni trabajo alcanza  
a quien de ver a sus queridas prendas

mal hiciera en sufrir larga esperanza.  
Y tú, señora, así es razón que  
entiendas  
el mismo amor, y en igualarte al conde  
por encarecimiento, no te ofendas.  
CASANDRA: Tu sangre y su virtud, señor, responde  
que merece el favor. Yo le agradezco,  
pues tu valor al suyo corresponde.  
DUQUE: Bien sé que a entrambos ese amor merezco,  
y que estoy de los dos tan obligado,  
cuanto mostrar en la ocasión me ofrezco.  
Que Federico gobernó mi estado  
en mi ausencia, he sabido, tan discreto,  
que vasallo ninguno se ha quejado.  
En medio de las armas, os prometo  
que imaginaba yo con la prudencia  
que se mostraba senador perfeto.  
¡Gracias a Dios, que con infame ausencia  
los enemigos del Pastor romano  
respetan en mi espada su presencia!  
Ceñido de laurel besé su mano,  
después que me miró Roma triunfante,  
como si fuera el español Trajano.  
Y así, pienso trocar de aquí adelante  
la inquietud en virtud, porque mi nombre  
como le aplaude aquí, después le cante,  
que cuando llega a tal estado un hombre,  
no es bien que ya que de valor mejora,  
el vicio más que la virtud le nombre.  
RICARDO: Aquí vienen, señor, Carlos y Aurora.

Entren AURORA y el MARQUÉS

AURORA: Tan bien venido vuestra alteza sea,  
como le está esperando quien le adora.  
MARQUÉS: Dad las manos a Carlos, que desea  
que conozcáis su amor.  
DUQUE: Paguen los brazos

deudas del alma, en quien tan bien se emplea.  
Aunque siente el amor los largos plazos,  
todo lo goza el venturoso día  
que llega a merecer tan dulces lazos.  
Con esto, amadas prendas, yo querría  
descansar del camino, y porque es tarde,  
después celebraréis tanta alegría.  
FEDERICO: Un siglo el cielo, gran señor, te guarde.

Todos se van con el DUQUE, y quedan BATÍN y  
RICARDO

El castigo sin venganza part 8

BATIN: ¡Ricardo amigo!  
RICARDO: ¡Batín!  
BATIN: ¿Cómo fue por esas guerras?  
RICARDO: Como quiso la justicia,  
siendo el cielo su defensa.  
Llana queda Lombardía,  
y los enemigos quedan  
puesto en fuga afrentosa,  
porque el león de la Iglesia  
pudo con sólo un bramido  
dar con sus armas en tierra.

El duque ha ganado un nombre  
que por toda Italia suena;  
que si mil mató Saúl,  
cantan por él las doncellas,  
que David mató cien mil;  
con que ha sido tal la enmienda,  
que traemos otro duque.  
Ya no hay damas, ya no hay cenas,  
ya no hay broqueles, ni espadas,  
ya solamente se acuerda  
de Casandra, ni hay amor  
más que el conde y la duquesa.

El duque es un santo ya.

BATIN: ¿Qué me dices? ¿Qué me cuentas?

RICARDO: Que, como otros con las dichas  
dan en vicios, y en soberbias,  
tienen a todos en poco  
tan inmortales se sueñas,  
el duque se ha vuelto humilde,  
y parece que desprecia  
los laureles de su triunfo;  
que el aire de las banderas  
no le ha dado vanagloria.

BATIN: ¡Plega al cielo que no sea,  
después de estas humildades,  
como aquel hombre de Atenas,  
que pidió a Venus le hiciese  
mujer, con ruegos y ofrendas,  
una gata dominica,  
quiero decir, blanca y negra!  
Estando en su estrado un día  
con moño y naguas de tela,  
vio pasar un animal  
de aquestos, como poetas,  
que andan royendo papeles;  
y dando un salto ligera  
de la tarima al ratón,  
mostró que en naturaleza  
la que es gata, será gata,  
la que es perra, será perra,  
in secula seculorum.

RICARDO: No hayas miedo tú que vuelva  
el duque a sus mocedades;  
y más si a los hijos llega,  
que con las manillas blandas  
las barbas más graves peinan  
de los más fieros leones.

BATIN: Yo me holgaré de que sea  
verdad.

RICARDO: Pues, Batín, adiós.

BATIN: ¿Dónde vas?

RICARDO: Fabia me espera.

Vase RICARDO y entre el DUQUE con algunos  
memoriales

DUQUE: ¿Está algún criado aquí?

BATIN: Aquí tiene vuestra alteza  
el más humilde.

DUQUE: ¡Batín!

BATIN: Dios te guarde. Bueno llegas.  
Dame la mano.

DUQUE: ¿Qué hacías?

BATIN: Estaba escuchando nuevas  
de tu valor a Ricardo,  
que, gran coronista de ellas,  
Héctor de Italia te hacía.

DUQUE: ¿Cómo ha pasado en mi ausencia  
el gobierno con el conde?

BATIN: Cierto, señor, que pudiera  
decir que igualó en la paz  
tus hazañas en la guerra.

DUQUE: ¿Llevóse bien con Casandra?

BATIN: No se ha visto, que yo sepa,  
tan pacífica madrastra  
con su alnado. Es muy discreta  
y muy virtuosa y santa.

DUQUE: No hay cosa que la agradezca  
como estar bien con el conde;  
que, como el conde es la prenda  
que más quiero, y más estimo  
y conocí su tristeza  
cuando a la guerra partí,  
notablemente me alegra  
que Casandra se portase

con él con tanta prudencia,  
que estén en paz y amistad,  
que es la cosa que desea  
mi alma con más afecto  
de cuantas pedir pudiera  
al cielo; y así, en mi casa  
hoy dos victorias se cuentan:  
la que de la guerra traigo,  
y la de Casandra bella,  
conquistando a Federico.  
Yo pienso de hoy más quererla  
sola en el mundo, obligado  
de esta discreta fineza  
y cansado juntamente  
de mis mocedades necias.

BATIN: Milagro ha sido del Papa  
llevar, señor, a la guerra  
al duque Luis de Ferrara.  
y que un ermitaño vuelva.  
Por Dios, que puedes fundar  
otra Camáldula.

DUQUE: Sepan  
mis vasallos que otro soy.

BATIN: Mas, dígame vuestra alteza,  
¿cómo descansó tan poco?

DUQUE: Porque al subir la escalera  
de palacio, algunos hombres  
que aguardaban mi presencia,  
me dieron estos papeles;  
y temiendo que son quejas,  
quise descansar en verlos,  
y no descansar con ellas.

Vete, y déjame aquí solo;  
que deben los que gobiernan  
esta atención a su oficio.

BATIN: El cielo que remunera  
el cuidado de quien mira  
el bien público, prevenga  
laureles a tus victorias,  
siglos a tu fama eterna.

Vase BATIN

DUQUE: Éste dice: "Señor, yo soy Estacio,  
que estoy en los jardines de palacio,  
y, enseñado a plantar hierbas y flores,  
planté seis hijos. A los dos mayores  
suplico que les deis..." Basta, ya entiendo.  
Con más cuidado ya premiar pretendo  
[al que con tales trabajos me ayuda].  
"Lucinda dice que quedó viuda  
del capitán Arnaldo..." También pide.  
"Albano, que ha seis años que reside..."  
Éste pide también. "Julio Camilo,  
preso porque sacó..." Del mismo estilo.  
"Paula de San Germán, doncella honrada..."  
Pues si es honrada, no le falta nada,  
si no quiere que yo le dé marido.  
Éste viene cerrado, y mal vestido  
un hombre me lo dio, todo turbado,  
que quise detenerle con cuidado.

"Señor, mirad por vuestra casa atento;  
que el conde y la duquesa en vuestra ausencia..."  
No me ha sido traidor el pensamiento.  
Habrán regido mal, tendré paciencia.  
"...ofenden con infame atrevimiento  
vuestra cama y honor." ¿Qué resistencia  
harán a tal desdicha mis enojos?  
"Si sois discreto, os lo dirán los ojos."

¿Qué es esto que estoy mirando?  
Letras, ¿decís esto o no?  
¿Sabéis que soy padre yo  
de quien me estáis informando  
que el honor me está quitando?  
Mentís; que no puede ser.  
¿Casandra me ha de ofender?  
¿No veis que es mi hijo el conde?

Pero ya el papel responde  
que es hombre y ella mujer.  
¡Oh, fieras letras villanas!  
Pero diréisme que sepa  
que no hay maldad que no quepa  
en las flaquezas humanas.  
De las iras soberanas  
debe de ser permisión.  
Ésta fue la maldición  
que a David le dio Natán.  
La misma pena me dan,  
y es Federico Absalón.  
Pero mayor viene a ser,  
cielo, si así me castigas;  
que aquéllas eran amigas,  
y Casandra es mi mujer.  
El vicioso proceder  
de las mocedades mías  
trajo el castigo, y los días  
de mi tormento, aunque fue  
sin gozar a Bersabé  
ni quitar la vida a Urías.  
¡Oh, traidor hijo! ¿Si ha sido  
verdad? Porque yo no creo  
que emprenda caso tan feo  
hombre de otro hombre nacido.  
Pero si me has ofendido,  
¡oh, si el cielo me otorgara,  
que, después que te matara,  
de nuevo a hacerte volviera,  
pues tantas muertes te diera,  
cuantas veces te engendrara!  
¡Qué deslealtad! ¡Qué violencia!  
¡Oh, ausencia, qué bien se dijo  
que aun un padre de su hijo  
no tiene segura ausencia!  
¿Cómo sabré con prudencia  
verdad que no me disfame  
con los testigos que llame?  
No así la podré saber;  
porque, ¿quién ha de querer  
decir verdad tan infame?  
Mas, ¿de qué sirve informarme?.  
pues esto no se dijera  
de un hijo, cuando no fuera  
verdad que pudo infamarme.  
Castigarle no es vengarme,

ni se venga el que castiga,  
ni esto a información me obliga;  
que mal que el honor estraga,  
no es menester que se haga,  
porque basta que se diga.

Sale FEDERICO

FEDERICO: Sabiendo que no descansas,  
vengo a verte.

DUQUE: Dios te guarde.

FEDERICO: Y a pedirte una merced.

DUQUE: Antes que la pidas, sabes  
que mi amor te la concede.

FEDERICO: Señor, cuando me mandaste  
que con Aurora, mi prima,  
por tu gusto me casase,  
lo fuera notable mío;  
pero fueron más notables  
los celos de Carlos, y ellos  
entonces causa bastante  
para no darte obediencia.

Mas después que te ausentaste,  
supe que mi grande amor  
hizo que ilusiones tales  
me trajesen divertido.

En efecto, hicimos paces,  
y le prometí, señor,  
en satisfacción, casarme,  
como me dieses licencia,  
luego que le bastón dejastes.

Ésta te pido y suplico.

DUQUE: No pudieras, conde, darme  
mayor gusto. Vete agora,  
porque trate con tu madre,  
pues es justo darle cuenta;  
que no es razón que te cases  
sin que lo sepa, y le pidas

licencia, como a tu padre.

FEDERICO: No siendo su sangre yo,  
¿para qué quiere dar parte  
vuestra alteza a mi señora?

DUQUE: ¿Qué importa no se su sangre,  
siendo tu madre Casandra?

FEDERICO: Mi madre Laurencia yace  
muchos años ha difunta.

DUQUE: ¿Sientes que madre la llame?  
Pues dícneme que en mi ausencia,  
de que tengo gusto grande,  
estuvisteis muy conformes.

FEDERICO: Eso, señor, Dios lo sabe;  
que prometo a vuestra alteza,  
aunque no acierto en quejarme,  
pues la adora, y es razón,  
que aunque es para todos ángel,  
que no lo ha sido conmigo.

DUQUE: Pésame de que me engañes;  
que me dicen que no hay cosa  
que más Casandra regale.

FEDERICO: A veces me favorece,  
y a veces quiere mostrarme  
que no es posible ser hijos  
los que otras mujeres paren.

DUQUE: Dices bien, y yo lo creo;  
y ella pudiera obligarme  
más que en quererme en quererte,  
pues con estas amistades  
aseguraba la paz.

Vete con Dios.

FEDERICO: Él te guarde.

Vase FEDERICO

DUQUE: No sé cómo he podido  
mirar, conde traidor, tu infame cara.  
¡Qué libre! ¡Qué fingido

con la invención de Aurora se repara.  
para que yo no entienda  
que puede ser posible que me ofenda!  
Lo que más me asegura  
es ver con el cuidado y diligencia  
que a Casandra murmura  
que le ha tratado mal en esta ausencia;  
que piensan los delitos  
que callan cuando están hablando a gritos.  
De que la llame madre  
se corre, y dice bien, pues es su amiga  
la mujer de su padre,  
y no es justo que ya madre se diga.  
Pero yo, ¿cómo creo  
con tal facilidad caso tan feo?  
¿No puede un enemigo  
del conde haber tan gran traición forjado,  
por que con su castigo,  
sabiendo mi valor, quede vengado?  
Ya de haberlo creído  
si no estoy castigado, estoy corrido.

Salen CASANDRA y AURORA

AURORA: De vos espero, señora,  
mi vida en esta ocasión.

CASANDRA: Ha sido digna elección  
de tu entendimiento, Aurora.

AURORA: Aquí está el duque.

CASANDRA: Señor,  
¡tanto desvelo!

DUQUE: A mi estado  
debo, por lo que he faltado,  
estos indicios de amor.

Si bien del conde y de vos  
ha sido tan bien regido,  
como muestra, agradecido  
este papel, de los dos.

Todos alaban aquí  
lo que los dos merecéis.

CASANDRA: Al conde, señor, debéis  
ese cuidado, no a mí.

Que sin lisonja os prometo  
que tiene heroico valor,  
en toda acción superior,  
gallardo como discreto.

Un retrato vuestro ha sido.

DUQUE: Ya sé que me ha retratado  
tan igual en todo estado,  
que por mí le habéis tenido;  
de que os prometo, señora,  
debida satisfacción.

CASANDRA: Una nueva petición  
os traigo, señor, de Aurora.

Carlos la pide, ella quiere,  
y yo os lo suplico.

DUQUE: Creo  
que le ha ganado el deseo  
quien en todo le prefiere.

El conde se va de aquí,  
y me la ha pedido agora.

CASANDRA: ¿El conde ha pedido a Aurora?

DUQUE: Sí, Casandra.

CASANDRA: ¿El conde?

DUQUE: Sí.

CASANDRA: Sólo de vos lo creyera.

DUQUE: Y así, se la pienso dar;  
mañana se han de casar.

CASANDRA: Será como Aurora quiera.

AURORA: Perdóneme vuestra alteza;  
que el conde no será mío.

DUQUE: (¿Qué espero más? ¿Qué porfío?) Aparte

Pues, Aurora, en gentileza entendimiento y valor, ¿no vence al marqués?

AURORA: No sé.

Cuando quise y le rogué él me despreció, señor.

Y agora que él quiere, es justo que yo le desprecie a él.

DUQUE: Hazlo por mí, no por él.

AURORA: El casarse ha de ser gusto; yo no le tengo del conde.

Vase AURORA

DUQUE: ¡Extraña resolución!

CASANDRA: Aurora tiene razón, aunque atrevida responde.

DUQUE: No tiene, y ha de casarse, aunque le pese.

CASANDRA: Señor, no uséis del poder; que amor es gusto, y no ha de forzarse.

Vase el DUQUE

¡Ay de mí, que se ha cansado el traidor conde de mí!

Sale FEDERICO

FEDERICO: ¿No estaba mi padre aquí?

CASANDRA: ¿Con qué infame desenfado,  
traidor Federico, vienes,  
habiendo pedido a Aurora  
al duque?

FEDERICO: Paso, señora;  
mira el peligro que tienes.

CASANDRA: ¿Qué peligro, cuando estoy,  
villano, fuera de mí?

FEDERICO: ¿Pues tú das voces así?

Sale el DUQUE, y habla aparte

DUQUE: Buscando testigos voy.  
Desde aquí quiero escuchar;  
que aunque mal tengo de oír,  
lo que no puedo sufrir  
es lo que vengo a buscar.

FEDERICO: Oye, señor, y repara  
en tu grandeza siquiera.

CASANDRA: ¿Cuál hombre en el mundo hubiera  
que cobarde me dejara,  
después de haber obligado  
con tantas ansias de amor  
a su gusto mi valor?

FEDERICO: Señora, aún no estoy casado.

Asegurar pretendí  
al duque, y asegurar  
nuestra vida, que durar  
no puede, Casandra así.  
Que no es el duque algún hombre  
de tan baja condición,  
que a sus ojos, ni es razón,  
se infame su ilustre nombre.  
Basta el tiempo que tan ciegos  
el amor nos ha tenido.  
CASANDRA: ¡Oh, cobarde, mal nacido!  
Las lágrimas y los ruegos  
hasta hacernos volver locas,  
robando las honras nuestras,  
que, de las traiciones vuestras,  
cuerdas se libraron pocas,  
¿ahora son cobardías?  
Pues, perro, sin alma estoy.  
DUQUE: Si aguardo, de mármol soy.  
¿Qué esperáis, desdichas mías?  
Sin tormento han confesado...  
pero sin tormento no;  
que claro está que soy yo  
a quien el tormento han dado.  
No es menester más testigo.  
Confesaron de una vez.  
Prevenid, pues sois jüez,  
honra, sentencia y castigo.  
Pero de tal suerte sea  
que no se infame mi nombre;  
que en público siempre a un hombre  
queda alguna cosa fea.  
Y no es bien que hombre nacido  
sepa que yo estoy sin honra,  
siendo enterrar la deshonra  
como no haberla tenido.  
Que aunque parece defensa  
de la honra el desagravio,  
no deja de ser agravio  
cuando se sabe la ofensa.

Vase el DUQUE

CASANDRA: ¡Ay, desdichadas mujeres!

¡Ay, hombres falsos sin fe!

FEDERICO: Digo, señora, que haré  
todo lo que tú quisieras,  
y esta palabra te doy.

CASANDRA: ¿Será verdad?

FEDERICO: Infalible.

CASANDRA: Pues no hay a amor imposible.

Tuya he sido y tuya soy.

No ha de faltar invención  
para vernos cada día.

FEDERICO: Pues vete, señora mía,  
y pues tienes discreción,  
finge gusto, pues es justo,  
con el duque.

CASANDRA: Así lo haré  
sin tu ofensa; que yo sé  
que el que es fingido no es gusto.

Vanse los dos y salen AURORA y BATÍN

BATÍN: Ya he sabido, hermosa Aurora,  
que ha de ser, o ya lo es,  
tu dueño el señor marqués,  
y que a Mantua os vais, señora.

Y así os vengo a suplicar  
que allá me llevéis.

AURORA: Batín,  
mucho me admiro. ¿A qué fin  
al conde quieres dejar?

BATÍN: Servir mucho y medrar poco  
es un linaje de agravio  
que al más cuerdo, que al más sabio

o le mata, o vuelve loco.  
Hoy te doy, mañana no,  
quizá te daré después...  
Yo no sé quizá quién es;  
mas sé que nunca quizó.  
Fuera de esto, está endiablado  
el conde. No sé qué tiene.  
Ya triste, ya alegre viene,  
ya cuerdo, ya destemplado.  
La duquesa, pues, también  
insufrible y desigual;  
pues donde va a todos mal,  
¿quieres que me vaya bien?  
El duque, santo fingido,  
consigo a solas hablando,  
como hombre que anda buscando  
algo que se le ha perdido.  
Toda la casa lo está;  
contigo a Mantua me voy.  
AURORA: Si yo tan dichosa soy  
que el duque a Carlos me da,  
yo te llevaré conmigo.  
BATÍN: Beso mil veces tu pies,  
y voy a hablar al marqués.

Vase BATÍN y sale el DUQUE

DUQUE: (¡Ay, honor, fiero enemigo! Aparte  
¿Quién fue el primero que dio  
tu ley al mundo, y que fuese  
mujer quien en sí tuviese  
tu valor, y el hombre no?  
Pues sin culpa el más honrado  
te puede perder, honor.  
Bárbaro legislador  
fue tu inventor, no letrado.  
Mas dejarla entre nosotros  
muestra que fuiste ofendido,

pues ésta invención ha sido  
para que lo fuesen otros.

¡Aurora!

AURORA: ¿Señor?

DUQUE: Yo creo  
que con el marqués te casa  
la duquesa, y yo a su ruego;  
que más quiero contentarla  
que dar este gusto al conde.

AURORA: Eternamente obligada  
quedo a servirte.

DUQUE: Bien puedes  
decir a Carlos que a Mantua  
escriba al duque, su tío.

AURORA: Voy donde el marqués aguarda  
tan dichosa nueva.

Vase AURORA

DUQUE: Cielos,  
hoy se ha de ver en mi casa  
no más de vuestro castigo.  
Alzad la divina vara.  
No es venganza de mi agravio;  
que yo no quiero tomarla  
en vuestra ofensa, y de un hijo  
ya fuera bárbara hazaña.  
Éste ha de ser un castigo  
vuestro no más, porque valga  
para que perdone el cielo  
el rigor por la templanza.  
Seré padre, y no marido,  
dando la justicia santa  
a un pecado sin vergüenza

un castigo sin venganza.  
Esto disponen las leyes  
del honor, y que no haya  
publicidad en mi afrenta,  
con que se doble mi infamia.  
Quien en público castiga,  
dos veces su honor infama,  
pues después que le ha perdido,  
por el mundo le dilata.  
La infame Casandra dejó  
de pies y manos atada,  
con un tafetán cubierta,  
y por no escuchar sus ansias,  
con una liga en la boca;  
porque al decirle la causa,  
para cuanto quise hacer  
me dio lugar, desmayada.  
Esto aun pudiera, ofendida,  
sufrir la piedad humana;  
pero dar la muerte a un hijo,  
qué corazón no desmaya?  
Sólo de pensarlo, ¡ay triste!,  
tiembla el cuerpo, expira el alma,  
lloran los ojos, la sangre  
muere en las venas heladas,  
el pecho se desalienta,  
el entendimiento falta,  
la memoria está corrida  
y la voluntad turbada.  
Como arroyo que detiene  
el hielo de noche larga,  
del corazón a la boca  
prende el dolor las palabras.  
¿Qué quieres, Amor? ¿No ves  
que Dios a los hijos manda  
honrar los padres, y el conde  
su mandamiento quebranta?  
Déjame, Amor, que castigue  
a quien las leyes sagradas  
contra su padre desprecia,  
pues tengo por cosa clara  
que si hoy me quita la honra,  
la vida podrá mañana.  
Cincuenta mató Artaxerxes  
con menos causa, y la espada  
de Dario, Torcuato y Bruto  
ejecutó sin venganza

las leyes de la justicia.  
Perdona, Amor; no deshagas  
el derecho del castigo,  
cuando el honor, en la sala  
de la razón presidiendo,  
quiere sentenciar la causa.  
El fiscal verdad le ha puesto  
la acusación, y está clara  
la culpa; que ojos y oídos  
juraron en la probanza.  
Amor y sangre, abogados  
le defienden; mas no basta;  
que la infamia y la vergüenza  
son de la parte contraria.  
La ley de Dios, cuando menos,  
es quien la culpa relata,  
su conciencia quien la escribe.  
¿Pues para qué me acobardas?  
Él viene, ¡Ay, cielos, favor!

Sale FEDERICO

FEDERICO: Basta que en palacio anda  
pública la fama, señor,  
que con el marqués Gonzaga  
casa a Aurora, y que luego  
se parte con ella a Mantua.  
¿Mándasme que yo lo crea?  
DUQUE: Conde, ni sé lo que tratan,  
ni he dado al marqués licencia;  
que trago en cosas más altas  
puesta la imaginación.  
FEDERICO: Quien gobierna, mal descansa.  
¿Qué es lo que te da cuidado?  
DUQUE: Hijo, un noble de Ferrara  
se conjura contra mí  
con otros que le acompañan.  
Fíose de una mujer,

que el secreto me declara.  
¡Necio quien de ellas se fía,  
discreto quien las alaba!  
Llamé al traidor, finalmente;  
que un negocio de importancia  
dije que con él tenía;  
y cerrado en esa cuadra  
le dije el caso, y apenas  
le oyó, cuando se desmaya.

Con que pude fácilmente  
en la silla donde estaba  
atarle, y cubrir el cuerpo,  
por que no viese la cara  
quien a matarle viniese,  
por no alborotar a Italia.  
Tú has venido, y es más justo  
hacer de ti confianza,  
para que nadie lo sepa.

Saca animoso la espada,  
conde, y la vida le quita;  
que a la puerta de la cuadra  
quiero mirar el valor  
con que mi enemigo matas.

FEDERICO: ¿Pruébasme acaso, o es cierto  
que conspirar intentaban  
contra ti los dos que dices?

DUQUE: Cuando un padre a un hijo manda  
una cosa, injusta o justa,  
¿con él se pone a palabras?  
Vete, cobarde; que yo...

FEDERICO: Ten la espada, y aquí aguarda;  
que no es temor, pues que dices  
que es una persona atada,  
pero no sé qué me ha dado,  
que me está temblando el alma.

DUQUE: Quédate, infame...

FEDERICO: Ya voy;  
que pues tú lo mandas, basta.

Pero, ¡vive Dios!

DUQUE: ¡Oh, perro!

FEDERICO: Ya voy, detente; y si hallara  
el mismo César le diera  
por ti, ¡ay Dios!, mil estocadas.

Vase FEDERICO

DUQUE: Aquí lo veré; ya llega;  
ya con la punta la pasa.  
Ejecute mi justicia  
quien ejecutó mi infamia.  
¡Capitanes! ¡Hola, gente!  
¡Venid los que estáis de guarda!  
¡Ah, caballeros, criados!  
Presto.

Salen el MARQUÉS, AURORA, BATÍN, RICARDO y todos  
los demás que se han introducido

MARQUÉS: ¿Para qué nos llamas,  
señor, con tan altas voces?  
DUQUE: ¿Hay tal maldad? A Casandra  
ha muerto el conde, no más  
de porque fue su madrastra,  
y le dijo que tenía  
mejor hijo en sus entrañas  
para heredarme. ¡Matadle,  
matadle! El duque lo manda.  
MARQUÉS: ¿A Casandra?  
DUQUE: Sí, marqués.  
MARQUÉS: Pues no volveré yo a Mantua  
sin que la vida le quite.  
DUQUE: Ya con la sangrienta espada  
sale el traidor.

Sale FEDERICO con la espada desnuda, va tras él  
el MARQUÉS

FEDERICO: ¿Qué es aquesto?  
Voy a descubrir la cara  
del traidor que me decías,  
y hallo...  
DUQUE: No prosigas, calla.  
¡Matadle, matadle!  
MARQUÉS: ¡Muera!

Vanse FEDERICO y el MARQUÉS

FEDERICO: ¡Oh, padre! ¿Por qué me matan?  
DUQUE: En el tribunal de Dios,  
traidor, te dirán la causa.  
Tú, Aurora, con este ejemplo  
parte con Carlos a Mantua,  
que él te merece, y yo gusto.  
AURORA: Estoy, señor, tan turbada,  
que no sé lo que responda.  
BATÍN: Di que sí; que no es sin causa  
todo lo que ves, Aurora.  
AURORA: Señor, desde aquí a mañana  
te daré respuesta.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Ya  
queda muerto el conde.

DUQUE: En tanta  
desdicha, aun quieren los ojos  
verle muerto con Casandra.

Descúbrense a FEDERICO y CASANDRA

MARQUÉS: Vuelve a mirar el castigo  
sin venganza.

DUQUE: No es tomarla  
el castigar la justicia.  
Llanto sobra, y valor falta.  
Pagó la maldad que hizo  
por heredarme.

BATÍN: Aquí acaba,  
senado, aquella tragedia  
del castigo sin venganza  
que, siendo en Italia asombro,  
hoy es ejemplo en España.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

